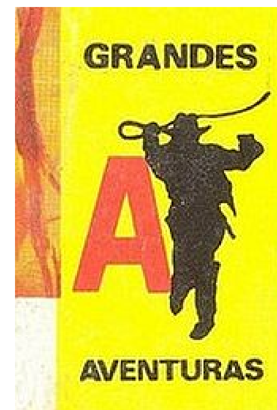




EL ENGENDRO

Sin intentar decir algo original pienso que no hay nada como coger unas vacaciones cada tanto, sobre todo en uno de esos paraísos tropicales de las fotos brillantes en las agencias de viajes. Para una persona como yo, que habita entre rascacielos grises, donde lo único que trepa desde la calle es el humo de los escapes de los buses y el sonido de las bocinas y motores de cientos de coches, no hay nada como una larga y blanca playa donde golpeen las verdiazules olas del Atlántico.

Pues así me encontraba aquella mañana cogiendo el sol, sólo llevaba mi bañador y tenía un buen libro al alcance de la mano: «Los crímenes de la rue Morgue» de Edgar Poe, una historia que mejoraba con el paso de los años, como los buenos vinos.



Indiana James

El engendro

Bolsilibros - Indiana James - 39

ePub r1.0
Lds 23.05.18

Título original: *El engendro*
Indiana James, 1987
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Sin intentar decir algo original pienso que no hay nada como coger unas vacaciones cada tanto, sobre todo en uno de esos paraísos tropicales de las fotos brillantes en las agencias de viajes. Para una persona como yo, que habita entre rascacielos grises, donde lo único que trepa desde la calle es el humo de los escapes de los buses y el sonido de las bocinas y motores de cientos de coches, no hay nada como una larga y blanca playa donde golpeen las verdiazules olas del Atlántico.

Pues así me encontraba aquella mañana cogiendo el sol, sólo llevaba mi bañador y tenía un buen libro al alcance de la mano: «Los crímenes de la rue Morgue» de Edgar Poe, una historia que mejoraba con el paso de los años, como los buenos vinos.

Claro, que estas vacaciones eran tan sorpresivas como forzosas. Me había embarcado en Portland como oficial de máquinas en el «Sea Rider», un mercante mediano con bandera liberiana. Habíamos descendido hasta el canal de Panamá, después de atravesarlo descargamos maquinaria de perforación en Venezuela. El destino siguiente era Rió de Janeiro, allí vaciamos la bodega de mercancía manufacturada y comenzaron los líos.

Se presentó un oficial de justicia acompañado de la policía a realizar un embargo sobre la nave. El armador había desaparecido de los lugares conocidos,
Lloyd's
no respondió a los desesperados reclamos del capitán pues la póliza (que además registraba atrasos en las cuotas) no contemplaba demandas civiles de terceros.

Bien, el caso es que logramos cobrar nuestros salarios apelando a la antigua ley del mar de negociar con un garrote en la mano.

Y así estaba en Rió de Janeiro, si quería podía coger un avión al día siguiente y regresar a casa con un poco de dinero para resistir un mes hasta encontrar otro trabajo.

Pero mi intención era tomármelo con calma, la vida era mucho más barata en Brasil que en mi propio país. Cada día cambiaba unos dólares en el mercado negro con un treinta por ciento de ventaja respecto al cambio oficial y eso bastaba para comer y pagar la pensión que me había conseguido en el barrio de Botafogo.

Compré el *New York Times.* Quería enterarme cómo iban las cosas por «casa».

Repasé rápidamente los titulares. Como sospechaba, todo estaba como siempre, lo único que cambiaba en los periódicos era la fecha. De pronto un título atrajo mi atención:

«La pista brasileña».

Aquello parecía interesante, después de muchas denuncias e investigaciones se había logrado desmantelar una organización que traficaba con niños. Pero no se trataba de aquello de colocar un niño pobre y sin destino en el seno de una familia del mundo desarrollado, o venderle un crío a un matrimonio que no puede tener hijos. Esto era infinitamente más horrible. El asunto consistía en niños sobrealimentados cuyos miembros eran vendidos en verdaderas fortunas a centros hospitalarios y clínicas privadas de Europa y USA.

Era increíble, los engordaban como a cerdos, los atosigaban de vitaminas y los mantenían en reserva hasta que llegaba el pedido…

Donde hicieran falta riñones, ojos, dedos, hígados, allí estaban estos pobres niños para proveer con toda celeridad a quien pudiera pagarlo.

Era una maldita paradoja, en Brasil morían cada año miles de niños por carencia de alimentos y he aquí a una organización de sádicos criminales que prácticamente les inyectaban proteínas a presión para luego despedazarlos de a poco.

La nota la firmaba un tal Jack Clement, había algunas fotos de lo que el vecindario ya denominaba «La clínica del terror», situada en una pequeña ciudad del interior.

Arrojé el diario a un cesto después de verificar que mi amiga Zenna Davis no aparecía con ninguno de sus comentarios

habituales.

¿Cuánto dinero le debía en aquel momento a Zenna? Creo que ni ella ni yo lo sabíamos, debería comprarle algún regalo en Rió para cuando regresara a New York poder mantenerla contenta un tiempo más.

Traté de borrar de mi mente la noticia del tráfico de niños, me podía pasar el día deprimido inútilmente. Cerré los ojos y me dejé acariciar por el sol, cada tanto sentía el paso de alguna muchacha y sin ningún disimulo me acomodaba para contemplarla, pues considero que en Rió de Janeiro se encuentran los culos más hermosos de este mundo… y creo que también del otro.

No hay nada como estas mulatas bronceadas que se pasean en la playa de Copacabana o de Ipanema. Tanta abundancia de carne en perfecta armonía con tanta ausencia de tela. Porque debéis saber que las tangas que llevan estas muchachas caben cómodamente en el dedal de una costurera.

Después de un rato me levanté para darme un remojón.

Dediqué una de mis mejores sonrisas a una mulata en *topless* que me la devolvió con creces a través de una dentadura perfecta. Un par de chiquillos se perseguían entre risas y amenazas.

Me arrojé al Atlántico, el agua estaba maravillosa y templada, di unas cuantas brazadas, giré sobre mí mismo y permanecí un rato flotando de espaldas. Regresé a mi silla y me restregué con la toalla, el agua me había abierto el apetito, recogí mis pertenencias y las guardé en el macuto. Eché a andar por la avenida Atlántica, que es una anchísima vía de varios carriles que circula como *boulevard* marítimo.

Tenía ganas de darme un banquete aprovechando la coyuntura de mi dinero inflado por el mercado negro, de modo que cogí un taxi y partimos hacia la playa al pie del Pan de Azúcar. Sorteamos los túneles iluminados que unen los barrios de la ciudad bajo los cerros y volvimos a surgir al resplandeciente sol del mediodía.

El Yacht Club tenía un hermoso restaurante que se asomaba a la bahía y al embarcadero. El aire acondicionado creaba una atmósfera suave y fresca y las conversaciones en portugués ronroneaban de mesa en mesa.

Mi aspecto no encajaba estrictamente en el ideal de los clientes y socios de aquel lugar, pero esta vez no llevaba mi chaleco de

cremalleras ni mis zapatos de montaña, tenía una polo de color verde y unos *jeans* blancos bastante decentes, había colocado hacia adentro la parte rota del macuto de modo que mi facha se adecuaba un poco a la de los despreocupados comensales.

Puse cara de póker y pasé por delante del jefe de camareros sin prestarle más atención que a una columna.

Una mesa pequeña junto a la galena que conducía al muelle me pareció adecuada para comer tranquilo y allí me acomodé. La carta era breve pero llena de exquisiteces, me decidí por una entrada fría con aguacates, piña, langosta y detalles por el estilo y para el segundo me apunté con un bistec de buey de no sé qué lugar con acompañamiento de fariña, que es esa especie de harina con la que los brasileños acompañan casi todos sus alimentos.

Minutos después apareció el camarero con un pequeño plato en la mano. Suspiré dispuesto a morirme de hambre, detestaba las raciones pequeñas.

El hombre se inclinó y depositó con gran ceremonia el platillo sobre la mesa, no había allí ninguna ensalada tropical microscópica, ni siquiera un grano de arroz, en cambio había un papel doblado en dos. El camarero se fue y cogí la nota, estaba escrita en inglés: «¿Es usted Indiana James? En caso de que lo sea, por favor, rásquese la cabeza».

Me eché a reír suavemente, parecía una broma de película, de aquellas que trascurren en el club colonial de alguna provincia de la India en 1943.

Pero me rasqué la cabeza.

Un momento después presentí una presencia a mis espaldas y una mano se apoyó sobre mi hombro.

Me di la vuelta, era un americano de estatura mediana, llevaba barba y anteojos y vestía de *sport*.

—¿Qué tal, James?

Hablaba como una especie de intelectual de Manhattan pero no lo recordaba de ningún sitio, podría ser de las últimas horas de alguna fiesta, en tal caso él podría recordarme pero yo seguro que no.

—Soy Jack Clement.

El nombre giró en mi cabeza unos segundos mientras nos estrechábamos la mano, de inmediato lo recordé, era el periodista

que había firmado la nota sobre el comercio de niños en el *«New York Times»*.

Lo invité a que se sentara justo en el momento que arribaba mi comida.

—¿Comerá usted conmigo? —le pregunté.

—Gracias, sólo tomaré una cerveza, estoy aquí citado con alguien de modo que prefiero esperarlo.

—¿De dónde nos conocemos? —inquirí, aunque ya lo sospechaba.

—Nueva York.

Comentamos algunos chismes del ambiente de nuestra ciudad y después él comenzó a interrogarme sobre mis últimos viajes. Le relaté algunas historias bien adornadas y se quedó feliz de la vida.

Mientras tanto yo había comenzado con el bistec, ancho y jugoso. Jack me preguntó cuándo regresaba a los Estados Unidos.

—No lo tengo claro, aquí me cuesta menos vivir que en New York.

—¿Quiere quedarse en Rió?

—No. Lo que quiero decir es que tengo ganas de pasarme unos días tirado panza arriba al sol.

—Comprendo, si lo que quiere es broncearse el ombligo, éste es el mejor lugar del mundo.

—¿Y usted cuándo regresa?

Se le ensombreció el rostro y miró alrededor como buscando alguien que le diera la respuesta.

—Han pasado algunas cosas… raras —extrajo un paquete de Camel—. ¿Puedo?

Asentí mientras yo engullía otro trozo de buey, encendió el cigarrillo y aspiró suavemente el humo.

—Estoy citado aquí para comer con alguien… de nuestra embajada. Debo estar seguro del terreno que piso.

—¿Qué le ha pasado?

—Iré por partes, llegamos aquí hace casi un mes.

—«¿Llegamos?» —inquirí.

—Sí, el fotógrafo, Tad Galindez y yo. Veníamos en busca de lo que se denominaba en la jerga de Interpol «La pista brasileña».

—Sí, he leído el *Times* de ayer.

—Bueno, ya sabe de qué se trata entonces. El asunto fue

finalmente más sencillo de lo esperado, lo liquidamos en tres semanas, bastó con aceitar a cuatro o cinco policías, un poco de intuición… llamémosla periodística, y destapamos la olla.

—¿Y los traficantes de niños?

—¡Ah!, ésos —había amargura en su voz—. Lograron escapar, seguramente a estas horas estarán en Paraguay. Eran un brasileño y un médico suizo. ¡Buenas piezas! La policía sólo capturó unos segundones, alguna enfermera y una dietóloga portuguesa.

—O sea que usted también está de vacaciones —apunté.

Se quedó callado un momento.

—No. O por lo menos no me interesan las vacaciones, tengo todavía que cumplir un par de obligaciones.

—¿Cuáles son?

—Mientras investigaba este reportaje me llegaron tangencialmente otras historias no menos interesantes… ¡Qué va! Mucho más interesantes y si me autorizan los jefes seguiré esa nueva pista.

—¿Más tráfico humano? —pregunté.

—Todavía no lo tengo clasificado… no sé cómo llamar a estos rumores. Y lo otro…

Dejó colgando la frase con expresión preocupada.

—¿Qué es lo otro?

Masculló algo ininteligible como maldiciendo algún punto lejano del paisaje.

—Vaya trabajito… tengo que despachar a mi colega a los States, a Galindez.

Clement estiró su brazo para darme fuego, aspiré entrecerrando los ojos.

—Al pobre Galindez le hicieron una buena faena.

—¿Qué intenta decirme?

—Hacía cuatro días que andábamos preguntando aquí y allá sobre el nuevo asunto. Tad estuvo haciendo por su cuenta una serie de fotos tipo National Geographic para venderle a una agencia de Buffalo, una faena extra que él se montaba paralela al *Times*. Yo había estado conduciendo todo el día hasta un pueblo del interior que se llama Caratingas. Volvía cansado y muerto de calor. Cuando aparqué frente al hotel todo estaba lleno de policías y ambulancias.

Hizo una pausa para encenderse un cigarrillo.

—Resumiendo, alguien se había cargado a Tad en nuestro propio cuarto, nadie vio nada ni escuchó nada y el informe policial es para echarse a reír —concluyó con rabia y amargura.

—¿Por qué?

—Porque no se deslinda si hubo accidente, homicidio culposo o directamente fue un asesinato.

—¿Cómo murió su socio?

Se tomó tiempo para responder.

—Le faltaba casi media cara, se la habían arrancado a dentelladas.

CAPÍTULO II

Un estremecimiento me recorrió la espalda, por un momento una serie de figuras fantásticas me atravesaron el cerebro.

Estábamos en un país lleno de misterio y leyendas, la jungla lamía diariamente los balcones de los edificios con su presencia húmeda y una población inmersa en toda suerte de ritos africanos y semisecretos componía la base social de la ciudad.

—De modo que fue atacado por… —dejé la frase inconclusa.

Clement asintió tristemente.

—Exacto. No sabemos cuál es la palabra. No se sabe qué cosa o quién liquidó a Tad Galindez.

—¿Qué le ha dicho la policía?

—Nada. Extraoficialmente me dijeron que es la típica mordedura de un perro del tipo de un doberman, o algo por el estilo.

Un presentimiento que no acerté a traducir en palabras puso a prueba mi racionalismo occidental. Me despreocupé de ello para escuchar a Jack Clement.

—Le había dicho hace un momento que nadie había escuchado nada, no fue así, una chica oyó unos gritos que le helaron la sangre.

—¿Quién es la chica?

—No lo sabemos, telefoneó al hotel desde algún lugar de la ciudad, parecía asustada. Le dijo al conserje que había escuchado unos alaridos en el cuarto 610 o 609. Pero…

Hizo una pausa y se rascó la cabeza.

—¿Pero qué? —pregunté.

—O la policía es imbécil o directamente quiere despreocuparse del asunto. Hice unas preguntas por ahí.

Clement pidió otra cerveza y yo un café. Bebió un corto trago y

continuó.

—Parece que hay una cierta práctica en estos hoteles de dos o tres estrellas, que no sucede en los de primera categoría. Cuando los cuartos quedan vacíos por el resto del día porque los huéspedes están visitando la ciudad o… no sé, un parque nacional, algunos de esos cuartos se alquilan.

—¿A quiénes?

—A señoritas que vienen con sus clientes a pasar un buen rato, un par de horas de masaje, flexiones… ¿Me explico? Por supuesto, que el encargado del hotel también saca tajada, el sistema requiere una serie de pequeñas corrupciones.

—Está muy claro —contesté.

—Pero el conserje no puede abrir la boca, perdería su empleo como mínimo, además está el asesinato.

—¿Le dijo eso a la policía?

—No, todavía tengo que investigar más antes de abrir la boca. Además quiero consultarlo con alguien de la embajada.

Miró su reloj.

—Por cierto, ya debería haber llegado, estoy muerto de hambre.

Yo me había quedado pensativo, las preguntas se me acumulaban en serie.

—¿Usted qué teoría tiene? —le pregunté.

—Antes que nada, y como método, desechar lo que diga la policía.

—¿Entonces?

—Tad fue atacado por la ventana, estuve espiando los balcones. Con unas cuerdas se podría salvar la distancia desde alguno de los cuartos vecinos.

Se me ocurrieron algunas objeciones.

—En el supuesto caso de que el asesino hubiera actuado con unas cuerdas como usted dice, como mucha sangre fría para tenderlas antes del ataque y retirarlas después, con la suerte de no ser visto… —Hice una pausa—. ¿Con qué lo atacó? ¿Con una dentadura postiza?

—Ése es un punto —me dijo sin sonreír.

A sus espaldas vi como una mujer estupenda atravesaba el comedor, las conversaciones amainaron a su paso. Era una rubia alta, vestida con un traje de hilo blanco y sombrero al tono, mediría

un metro setenta y estaba bronceadísima, aparentaba unos veinticinco años.

Su rostro preocupado recorría las mesas y de pronto su mirada tropezó con la mía, hizo un gesto de reconocimiento y sonrió.

Y empezó a caminar hacia mí.

Me puse de pie con la boca abierta, Clement me miró con extrañeza.

—¿Señor Clement? —me dijo con una voz que susurró como el viento entre las palmeras.

No pude contestar nada, moví negativamente la cabeza y señalé a Jack que también se incorporaba.

Ella se dio vuelta sonriendo.

—Bueno, buscaba un americano y hay dos. Señor Clement, perdone mi tardanza, soy Anne Ricker.

Todavía con la boca abierta Jack atinó a estrechar la mano que ella le alargaba.

—¡Oh! Yo creí que era un hombre —contestó estúpidamente.

Ella frunció el ceño en forma encantadora.

—¿Cómo dice?

Tomó asiento en la silla que le acerqué, el camarero ya estaba a sus pies y el *maître* hacía señas desesperadas al somelier.

Clement se puso a explicar a Anne Ricker su confusión.

—Creí que la embajada mandaba al *señor* Ricker.

—Bueno, no soy de la embajada sino del consulado y lamento que mi sexo lo desilusione.

Clement abrió los ojos con incredulidad.

—¿Desilusionarme? ¡Oh! No diga eso, es exactamente al revés.

Los tres reímos alegremente. Ella me miró interrogante.

—¿Usted también es periodista? Señor…

—Me llamo James, Indiana James —contesté.

Me miró intrigada, estaba pensando si yo le tomaba el pelo.

—¿Y dónde ha dejado su sombrero?

—Creo que debería portar un impreso para contestar a ciertas preguntas —mascullé. Evidentemente, Anne Ricker no estaba acostumbrada a trato semejante.

—Perdone, no sabía que era tan quisquilloso —me miró con infinito desprecio y agregó—: En cuanto a la idea del impreso, creo que le costaría poco, lo que podría decir de usted mismo cabe en un

sello postal.

Me quedé sin respuesta, y ella se dirigió a Jack Clement despreocupándose de mí.

—Señor Clement, he estado haciendo averiguaciones, también me ha telefoneado un ejecutivo de su diario, la señorita Davis.

¡La señorita Davis! ¡Qué dos!

—¿La señorita Davis es su superior? —continuó la rubia, ignorante de mis pensamientos—. En tal caso lo compadezco.

Jack no pudo evitar sonreír, me miró fugazmente pero Anne Ricker, que no era lenta, captó de alguna manera la existencia de un vínculo entre la señorita Davis y mi detestada persona.

—Espero no ofender a nadie esta vez —comentó.

Llegaron los platos solicitados y fue mi turno de mirar, pero me mantenía expectante a lo que dijera la chica.

—Bien, señor Clement, lamento decirle que he consultado la versión oficial de los hechos.

—¿Sí? —dijo Jack, anhelante.

—… Y no hay nada que hacer. El asunto dormirá por algún tiempo sobre la mesa de algún detective mal pagado que sólo piensa en el fútbol y se diluirá como arena en el agua.

Jack estaba estupefacto.

—¿Quiere decir que dejarán que el asunto muera… como murió Tad?

Anne hizo un gesto preocupado.

—Sí, me temo que es eso, y ya se lo he explicado a su… jefe, la señorita Davis.

—¿Pero es que la embajada no piensa hacer nada?

—No podemos hacer nada, formalmente la investigación está en marcha, nadie podrá acusarlos de haberse desentendido, repito… formalmente.

—Me parece increíble.

—Usted no conoce el medio, yo llevo destinada dos años aquí y recién me estoy poniendo en órbita.

—¿Qué te parece, James? —prorrumpió exaltado Clement—. Mi compañero está metido en una caja de hielo con media cara de menos y nadie piensa hacer nada.

Opté por no contestar.

—Ahora bien… —comenzó Anne Ricker.

Ambos la miramos.

—… Creo que no hay nada que impida que usted realice algún tipo de reportaje, para lo que podrá contar con ayuda extraoficial, repito, extraoficial del consulado.

Jack dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Tengo un par de ideas! Ya lo creo que haremos un reportaje, y algo más… esto no quedará así.

—¿Y cuáles son esas ideas? —intervine.

—Cuando investigamos el tráfico de niños surgieron otros datos, otros personajes.

—No entiendo. ¿A qué se refiere? —preguntó Anne.

—Nadie ha hablado hasta el momento de lo más importante. ¿Por qué liquidaron a Tad? Todo asesinato requiere un porqué.

—¿Por qué está tan seguro?

—En realidad ya estábamos sobre otra «pista». Habíamos telefoneado al *Times* sobre el asunto, desde el hotel, a través de la centralita cualquiera pudo escuchar nuestra conversación.

—Me parece que está usted sobrevalorando sino su capacidad, por lo menos su importancia —dijo secamente Anne.

—No se olvide, señorita Ricker, que hemos contribuido a desarticular el tráfico de niños —apuntó algo picado Jack—. Se lo pusimos tan obviamente sobre la mesa que no tuvieron otro remedio que intervenir. Y me imagino que a estas horas deben estar rodando cabezas en el Ministerio del Interior.

—Imagina bien —comentó Anne Ricker inexpresivamente.

Clement continuó su narración.

—Cierta noche tropezamos con un soplón que bebió de más y, por ende, habló de más. Confundió nuestra búsqueda y mencionó la existencia de un tal Tarzán.

—¿Tarzán? —pregunté.

—Sí, como el del cómic, parece que es un hombre blanco, posiblemente europeo, que tiene una finca en la región occidental de la sierra de Espinhaco, un lugar bastante salvaje. Nadie llega a esa finca y lo que es más notable, nadie se va de ella. Algo «raro».

—¿Macumba? —inquirió irónicamente Anne.

Pero Jack tenía una decisión a prueba de bombas y no le hizo caso.

—A… ese europeo no le interesa la magia, parece que lo que le

va es la ciencia, aunque esta…

No terminó la frase.

—¡Sigue hombre! —le espeté tuteándolo.

—Parece que la finca está llena de monos.

—¿Esa región es en plena selva, no? —preguntó Anne.

—Sí, claro, ya dije que era un sitio muy salvaje, pero hay algo más sobre los monos esos.

Los pensamientos que me habían electrizado momentos antes parecieron corporizarse sobre nosotros.

—El tipo éste ha logrado que los monos le obedezcan. No tiene peones en su finca, quizá algún ayudante o capataz, los demás son monos. Pero es un secreto que no ha trascendido pues parece existir algo demoníaco en todo ello… y la gente de la región no abre la boca.

—¿Todo eso lo sabes por boca del soplón? —inquirí con cierta malicia.

—No solamente por ese tío, Tad y yo estuvimos buscando material. Y conseguí confirmar lo que me dijo el soplón en un bar de putas del pueblo de Caratingas.

—¿Y Galindez qué encontró? —preguntó Anne.

—Le telefoneé al mediodía desde Caratingas, me dijo que tenía algunas fotos que no valían gran cosa pero podían dar alguna pista a nuestra búsqueda.

—¿Dónde están ahora esas fotos? —pregunté.

—El asesino se llevó todo. ¿Extraño, verdad? Dejó el dinero, las tarjetas de crédito e incluso el reloj de Tad, y aquí en Rió te cortan el gañote por un paquete de cigarrillos —hizo una pausa—. Pero a Tad simplemente se lo cepillaron y le confiscaron el material.

—¿Y qué piensa hacer ahora? —preguntó Anne después de un instante de silencio.

—Lo dicho, un reportaje. Seguiré la pista de ese tal Tarzán. Tengo que conseguir que Zenna autorice la operación y me giren dinero.

—Bueno, en lo que podamos ayudarlo cuente con nosotros —intervino Anne—. Pero deberá darse prisa porque dentro de dos días parto de vacaciones y ya no será lo mismo, nuestro cónsul en Rió es más bien… apático.

—Necesitaré un fotógrafo —gruñó para sí Jack.

Entonces levantó la vista y me miró.

—Oye, Indiana. ¿Quieres ganarte un dinero mientras estás de vacaciones?

—¡Un momento! —grité—. Hablas de vacaciones cuando aparentemente esto no será una excursión campestre. Ya tenemos un muerto.

—Y si hay algún otro no seremos ni tú ni yo. Te lo prometo —dijo fríamente Jack.

Anne nos miraba divertida.

—Parecéis dos chiquillos preparándose para enfrentar a los del barrio vecino.

—Anne, necesito tu ayuda. —Jack cogió un papel y un bolígrafo y comenzó a escribir.

—¿Qué quieres que haga? No tengo mucho tiempo.

—Sólo necesito unas direcciones, algún nombre, tú no te ensuciarás tus bellas manos.

Después me miró fijamente, como calibrándome.

—Tú, James, me ayudarás a convencer a Zenna, si ella cree que hay una noticia será suficiente, ella misma se encargará del resto de la plana mayor.

—Veo esto muy mezclado —dije—. ¿Es un reportaje o una guerra?

—No dependerá de nosotros —contestó belicosamente Jack.

Arme cogió el papel de manos del periodista y leyó en voz alta.

—Veamos: «un barco de unos diez/doce metros de eslora con motor diesel, deberá estar listo con el gasóleo en el puerto de Cúrvelo, botiquín según las necesidades de la zona, armas, una carta de recomendación del Ministerio del Interior»… Bueno, vaya, ¿y esto qué es?

—Lo que me ayudarás a conseguir, si me muevo hacia la selva quiero hacerlo prevenido.

Discutimos un rato sobre las posibilidades y peligros del viaje.

Finalmente pagamos la cuenta y salimos hacia el calor de la media tarde. En el pequeño embarcadero entraban y salían esbeltos veleros y lanchas piloteadas por muchachos bronceados.

Cogimos un taxi que nos llevó hasta el hotel de Jack. Se había mudado la misma noche de la muerte de Tad Galindez, ya que le había resultado imposible continuar en el mismo sitio.

Anne Ricker nos dejó para comenzar las gestiones que le había pedido Jack.

El periodista me obligó a definirme.

—¿Quieres el trabajo o no?

—¿Me ofreces trabajo de fotógrafo o de guardaespaldas?

—Quiero que me acompañes, aquí no conozco a nadie y en esa maldita jungla conoceré menos.

—¿Cuánto dinero sacaré con ello?

—Veremos lo que dice Zenna, pero tú deberás cooperar para convencerla.

Pusimos manos a la obra. Después de rastrearla por un par de números de teléfono pudimos localizarla.

—¡¡¡INDIANA JAMES!!! ¿¿¿DESDE DONDE ME TELEFONEAS ESTA VEZ??? —gritó jubilosamente.

—Hola Zenna, estoy en Brasil.

Se hizo un momento de silencio.

—¿Dónde? —La voz de Zenna había cambiado, parecía cautelosa.

—En Brasil —repetí con paciencia—. En Rió de Janeiro para ser más exacto.

—¿Para qué me telefoneas? —Su tono se había vuelto suspicaz —. Supongo que no necesitarás dinero. ¿O es otro asunto?

—Algo de eso hay, nena, será mejor que te lo explique Jack.

Antes que comenzara a ladrar le puse el auricular a Clement, éste lo cogió como si fuera una cobra furiosa.

—Hola, Zenna, soy Jack Clement —y me miró con cara de víctima.

Durante un rato no dijo nada, se limitaba a asentir con gruñidos o intercalar algún monosílabo. Finalmente cubrió el auricular con la mano y me dijo:

—Quiere habla; contigo.

Cogí nuevamente el tubo, resignado.

—¡No sé cómo lo haces! —gritó sin darme tiempo a nada—. ¡Pero lo has logrado! ¡Estás en el centro de un asunto que apesta!

—Escucha, nena, yo…

—¡Un cuerno! ¡Ya le he dicho a Clement que es un alborotador y un bocazas! ¡Estos asuntos no se llevan así! Nos han muerto un fotógrafo en un país que no es el nuestro. ¿Comprendes? Allí todo

se hace de otra manera ¡Allí somos gringos! —Se quedó un instante en silencio y sentí cómo recobraba el aliento.

—¡Si tus jefazos te han dado un rapapolvo me importa un pito! Y otra cosa… si yo hubiera sido Clement habría salido a la calle con una ametralladora. ¿Te enteras? —contraataqué también a gritos.

Finalmente, y aunque pareciera extraño, Zenna se calmó. Era evidente que la presionaban y en las alturas había opiniones encontradas sobre lo que debería hacerse.

—Indy, cariño, perdona, hace cuarenta y ocho horas que no duermo. Te escucharé. ¿Qué me sugieres?

No quiero decir a esta altura del asunto que me asombraba, de Zenna lo asombroso sería que se comportara de otra manera.

—Mira, si fuera tú le daría carta blanca a Clement, te prometo que lo ayudaré, mientras tanto haz lo que puedas para que se mantenga presión sobre la policía brasileña.

Asintió a todo, volvió a hablar con Jack que le informó de las gestiones y contacto con Anne Ricker. Finalmente se pusieron de acuerdo en el tema del dinero y mi adscripción temporal a la nómina del *Times* como fotógrafo.

Cogí nuevamente el teléfono para hablar con ella y despedirla.

—Indy, ¿quieres que deposite tu salario en alguna cuenta en especial?

Nuevamente me sorprendía, le di el número de la cuenta de mi Banco.

—Cariño, cuídate, te espero —dijo despidiéndose.

—Me cuidaré, nena, nos veremos.

Y colgué el teléfono.

CAPÍTULO III

Nos encerramos en el cuarto con Jack y, por supuesto, con una botella de *whisky*. Desplegamos sobre la mesa unos mapas de la región y una carta del río Das Velhas, que deberíamos navegar en busca de la finca de aquel extraño Tarzán.

—Yo creo que la clave del asunto está aquí —continuó mientras señalaba un punto en el mapa.

Jack estaba nervioso como un coyote en una jaula y se paseaba a grandes zancadas por el cuarto.

—Repitamos los datos que tenemos —dijo—. Primero: un blanco al que apodan Tarzán tiene una finca en la región del río San Francisco. Segundo: a esa finca no se puede llegar así como así a comprar arroz o huevos frescos —hizo una pausa y agregó—: y tampoco se puede salir.

Buscó inspiración en el cielorraso mientras el aire acondicionado ronroneaba como un gato haciendo la digestión.

—Tercero: parece que en ese lugar no hay peones, hay monos… o una especie de monos.

—Pueden ser charlas de indígenas supersticiosos —apunté.

—Puede que lo sea —contestó mientras se alisaba la barba de intelectual—. Pero también podría ser algo no tan… loco o extraño.

—¿Cómo qué? ¿Marcianos? —le pregunté.

—¡Yo qué sé! Podrían ser los miembros de alguna tribu que hasta el momento ha permanecido oculta en la floresta. Si este blanco los ha descubierto no sería difícil para él reducirlos con baratijas. Imagínate… bastaría con sentarlos delante de un televisor.

Lo que decía Jack sonaba como una fábula que representara al mundo moderno. ¡Grupos de seres humanos rindiendo pleitesía a un

aparato de televisión!

—¿Y qué otra conclusión tenemos? —Le acoté, como para ir al grano.

—Cuarto: Tanto Tad como yo obtuvimos una información que pudimos contrastar.

—… con soplones que no necesariamente son de fiar.

Me señaló con el dedo.

—¡Hijo mío! Ése es un punto, pero cuando buscas una nota hay un porcentaje de riesgo inevitable. Puede suceder que no haya nada de lo que nos dijeron, también puede pasar que no encontremos nada y eso no significa que no existan cosas raras.

Asentí mientras volvía a servir *whisky* en nuestros vasos.

—Y por último tenemos un asesinato que se puede calificar de muchas maneras, menos de corriente.

Nos quedamos en silencio, desde la avenida llegaba el estruendo del demencial tránsito carioca.

—Bien, debemos conseguirte un equipo de fotografía, llamaré a Nivaldo.

—¿Quién es?

—Un colega de *El Globo.*Él nos facilitó información.

Después de algunas tentativas pudo conectar con el periodista y quedaron de acuerdo.

Revisamos una vez más con Jack el trayecto a recorrer, era asombroso, cientos, miles de kilómetros. Brasil tiene grandes autopistas, pero ninguna de ellas, casualmente, atravesaba la región que debíamos explorar hasta encontrar la finca del misterioso Tarzán.

—Si supiéramos qué clase de material encontró Tad… —Jack dejó la frase en suspenso.

* * *

Cuando la luna se asomó tras el inmenso Cristo Redentor abandoné mi pensión. Me había duchado y tenía un hambre de lobo. Me encontré con Jack y nos fuimos inmediatamente a cenar.

Optamos por una feijoada, un típico plato de Brasil semejante a un cocido, con alubias, patitas de cerdo, trozos de vaca.

Después nos dedicamos a bajar el potaje con una caminata por el barrio de Copacabana. Una suave llovizna, extraña en Rió de

Janeiro, hacía brillar las luces de los negocios sobre el pavimento húmedo. Los mendigos se arrinconaban bajo los soportales cubiertos con astrosas capas o trozos de arpillera, se los veía temblar bajo la inusual temperatura.

Llegamos al hotel de Jack y lo acompañé hasta la conserjería.

—¿Tomamos una copa?

Acepté sin pensarlo mucho, nos esperaba una jornada dura y un poco de *whisky* no vendría mal para dormir a pata suelta.

—Señor Clement —el conserje apareció de improviso a través de una puertecilla—. Señor Clement —repitió—. Tiene un mensaje urgente.

Jack cogió el papel que le alargó el empleado y leyó con expresión interrogante.

Me miró y con un movimiento de cabeza indicó que lo siguiera. No habló hasta que estuvimos en su cuarto.

—Nivaldo me ha dejado un mensaje —hizo una pausa—. Debo telefonearle de inmediato.

No dije nada pero no me gustaba el asunto, Nivaldo había dejado el mensaje a eso de las nueve de la noche.

Nivaldo ya había abandonado el periódico, tras darse a conocer, Jack consiguió el teléfono particular del periodista. Disco nerviosamente y esperó unos segundos, frunció el ceño y después habló lenta y claramente.

—Soy Jack Clement. Recibí tu mensaje. Estaré en el hotel, llámame a cualquier hora que sea si es muy importante. Esperaré hasta el mediodía, quiero partir mañana.

—Era el contestador automático —comentó—. No pude localizarle y te confieso que estoy intrigado.

—Bueno, no hay nada que hacer excepto esperar.

—Tienes razón, pero esperar en estas circunstancias me pone loco.

Corté con las elucubraciones que quería comenzar a desarrollar en voz alta.

—¡Deja ya! Es inútil, pero apuesto doble contra sencillo que Nivaldo ha conseguido nueva información.

Fue un error de mi parte: se puso de pie y amenazó con comenzar otra vez a caminar por el cuarto.

Decidí irme a mi pensión. Antes de cerrar la puerta tuve una

inspiración.

—¿No podrías darme el teléfono de Anne Ricker?

Me miró sorprendido.

—¿Y para qué lo quieres?

—Pues… podría dar un paseo bajo la luna de la bahía de Rió de Janeiro.

—Pues no lo tengo —contestó sin mirarme mientras se empinaba el vaso.

Lo miré sonriente.

—Pues nada, entonces, compadre. Hasta mañana.

Y me fui a dormir.

Al otro día nos encontramos frente a la sede de American *Express*. Lo primero que me dijo Jack era que Nivaldo aún no había telefoneado. La oficina había abierto hacía un momento y tuvimos que esperar que id empleados se quitaran las legañas de los ojos.

Finalmente nos atendieron y cobramos el dinero que había prometido Zenna el día anterior.

Nos fuimos a desayunar.

Después, a renovar el alquiler del coche de Jack en Hertz. Era un amplio Chevy que marchaba con alconafta ese invento de los brasileños para reemplazar a la onerosa gasolina.

El Chevy era el coche ideal, apto para recorrer inmensas distancias cómodamente despatarrado en sus asientos.

Eran casi las once de la mañana cuando aparcamos frente a la oficina del consulado americano. Jack presenta sus credenciales y pidió por la rubia.

Permanecimos en una sala aburrida e insulsa, vigilados desde un cuadro por la sonrisa de Reagan mientras un gorila de chaqueta y corbata no nos quitaba el ojo da encima.

Apareció un nervioso hombrecillo de tez clara y pecosa, continuamente se quitaba y ponía sus anteojos sin marco. El aire acondicionado no podía evitar que transpirara como si se encontrara en plena calle.

—Señor Clement, eh… tengo algo para usted de parte de la señorita Ricker. —Y alargó un grueso sobre lacrado.

Jack lo abrió rápidamente y comenzó a leer una nota mecanografiada. Me asomé sobre su hombro para enterarme.

«Señor Clement. Puerto Cúrvelo imposible. Deberá dirigirse a

Sete Lagoas. Su contacto allí será Emilio Da Silva, propietario del Bar Tiradentes. Adjunto una nota del tenor solicitado donde se recomienda a las autoridades civiles, militares y policiales otorgar la cooperación que esté a su alcance con ustedes.

»La nota la firma el cónsul ya que ha sido imposible lograr algo por el estilo por parte del Ministerio del Interior. No quisieron comprometerse para nada.

»El motivo de su viaje debe ser nebuloso e incierto. Si lo interrogan diga lo menos posible, es la táctica que yo he usado cuando telefoneé al prefecto policial del estado de Minas Gerais.

»De armas ni hablar. Repito: ni hablar. Buena suerte. Anne Ricker».

La carta era clara y casi no modificaba nuestros planes. Recordaba que en el mapa, Sete Lagoas se encontraba un poco más al oeste que nuestro destino primitivo en Cúrvelo.

Jack leyó rápidamente la carta del cónsul americano y me la pasó. Era una nota que no pedía nada directamente, su peso estaba en el ángulo superior izquierdo, en aquel escudito con un águila que planeaba sobre las conciencias de ciertos funcionarios sudamericanos.

Jack la guardó cuidadosamente en el bolsillo interior de la chaqueta y preguntó por Anne.

—La señorita Ricker le ha dejado sus saludos, en realidad ya se encuentra de licencia —contestó el pecoso. Jack se mostró contrariado, nos despedimos del funcionario y abandonamos el consulado.

—Qué extraño que Anne no nos haya esperado, había dicho que hoy también trabajaría —comentó Jack.

Aparcamos el Chevy en el garage subterráneo del hotel y subimos hasta la conserjería. Había poca gente rondando en el *hall* del edificio, Jack se acercó al conserje y preguntó si no había ninguna llamada del señor Nivaldo Freixas. No había ninguna.

Se iba cumpliendo el plazo. Jack quería partir al mediodía, lo cual no me causaba ninguna gracia. Conducir en Brasil a media tarde puede ser suicida, el sol te puede licuar los sesos.

Nos derrumbamos sobre los sillones del cuarto y Jack conectó el aire acondicionado.

Cinco minutos después llamaron a la puerta. El periodista se

precipitó a abrir, la desilusión se le subió al rostro, aunque yo no lo conocía comprendí que no era Nivaldo el visitante.

—¿Señor Clement? —preguntó el desconocido.

—Sí, soy yo —contestó Jack con expresión interrogante.

El recién llegado era alto, de piel blanca y bigotes, tendría unos cuarenta años y llevaba el cabello muy corto. Parecía un ex marine americano, aunque su aspecto era normal, traje liviano y corbata. Sostenía un sombrero en la mano izquierda.

—Me llamo Jura Simonheta. ¿Puedo hablar con usted? —Y agregó mirándome—. ¿Y el señor James?

—Cierto, pase —dijo Jack.

—¿De viaje? —preguntó el personaje señalando con la cabeza la maleta de Jack sobre la cama.

—Antes de continuar con esta conversación prefiero que me diga a qué debo su visita —dijo el periodista.

—Ya lo he dicho, sólo hablar, es hablando como se entiende la gente… o se llega a la verdad, ¿no cree? —El visitante hablaba con extrema delicadeza, casi untuosa.

Jack hizo un gesto de fastidio, le indicó que se sentara contemplándole con expresión especulativa.

—Bien, señor Simonheta, conversemos. Supongo que querrá ofrecerme algún tipo de información, ¿verdad?

El otro fingió sorpresa al mejor estilo vodevil.

—En realidad no, señor Clement, la verdad es que esperaba que usted me la diera a mí.

Jack miró el cielorraso y abrió las manos como para implorar a los dioses. El señor Simonheta continuó.

—Quizá debería haberle ya… —extrajo una tarjeta y se la alcanzó, Clement la leyó y vi cómo le cambiaba la cara.

—Bueno, bueno, conque inspector de policía, ¿eh? Supongo que vendrá a comunicarme que ya tiene al culpable, o por lo menos a un sospechoso por el asesinato de mi socio.

—No es exactamente eso, señor Clement.

Me gustó la defensa de Jack, era un ataque por donde más dolería, aunque a decir verdad el tipo no parecía nada inquieto por ello.

—O quizá vino a decirme que una segunda autopsia arrojó como resultado que Tad Galindez se estaba afeitando y se le resbaló la

navaja (que por cierto jamás usó en la vida) cortándole limpiamente media cara. ¿Es algo así?

El policía hizo un gesto de impaciencia.

—Usted habla mucho y a veces con quien no debe, señor Clement. Ahora… —prosiguió con voz helada—… deberá hablar conmigo y *deberá* decirme lo que yo quiero.

Clement abrió los ojos con asombro.

—¡Vaya desfachatez! ¡Tiene gracia! ¿Por qué no interroga delincuentes en lugar de acosarme a…?

—¡Basta ya!

El tipo se puso de pie y arrojó el sombrero sobre la cama.

—¡Dígame! ¿Se va o no se va de viaje?

Jack me miró y yo asentí. Deberíamos enterarnos de lo que estaba cocinando aquel sujeto.

—Sí, me voy de Rió, tengo trabajo —contestó Jack mirando su reloj.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó más calmado el policía.

—Usted sabe que soy periodista. Debo viajar al interior del país a realizar unas notas —contestó pacientemente Clement.

El policía permaneció pensativo.

—¿Qué hizo durante la noche?

Clement puso cara de extrañeza.

—¿Pero qué clase de interrogatorio es éste? —El policía repitió la pregunta inflexiblemente.

—Bueno, cené y me vine a acostar.

—¿Estuvo alguien con usted en ese lapso?

—Sí, el camarada James —contestó el periodista señalándome.

—¿A qué hora fue eso? —replicó Simonheta.

—Cerca de la medianoche —apunté.

—Bueno, está bien señores —volvió a poner cara de reflexión y después preguntó a Jack—. ¿Aún no le ha telefoneado el señor Freixas?

—Nivaldo. ¿Cómo diablos sabe eso? —contestó Jack asombrado.

—Lo hemos comprobado, usted esperaba su llamada.

—¿Qué demonios pasa? —estalló Jack poniéndose de pie.

—Su colega ha sido asesinado —terminó el policía.

CAPÍTULO IV

Si hubiera entrado el mismísimo Drácula por la puerta no nos hubiéramos asombrado tanto. Jack directamente había perdido el habla.

—¿Cómo fue? —Atinó a preguntar.

—Ha sido bastante brutal: despanzurraron la puerta del piso —se detuvo un instante rememorando—. ¡Y era una puerta sólida! Al señor Freixas lo azotaron.

—¿Quiere decir que lo mataron a latigazos? —pregunté.

—No. *¡El fue usado como látigo!* Lo golpearon repelidas veces contra las paredes. El piso está desquiciado, muebles derribados, cuadros caídos, la ventana que da a la calle estaba rota… y abierta. —Hizo una nueva pausa para cargar de dramatismo su discurso—. Freixas murió reventado, hemorragias internas y huesos quebrados.

—¿Quiénes fueron? —volví a preguntar.

—Nadie vio nada, pero Freixas alcanzó a gritar. Eran verdaderos alaridos, los vecinos se alarmaron y llamaron a la policía.

—¿A qué hora fue? —inquirí.

—Entre las nueve y las diez de la noche, aunque calculamos que todo sucedió en doce o quince segundos.

O sea que habíamos sido sospechosos. ¿Pero por qué el poli había venido a vernos a nosotros tan directamente? Justo en ese momento Simonheta comenzaba a explicarlo.

—Junto al teléfono encontramos caído un block de notas, en él figuraba su nombre y la dirección de este hotel.

—Sí, teníamos algún contacto, entre colegas tratamos de darnos una mano —atinó a responder Jack.

—Además, escuchamos su mensaje en el contestador, uno de los pocos objetos que milagrosamente se salvaron.

—¿Cuántos fueron los atacantes? —preguntó Jack.

—No sabemos. Pero Freixas intentó huir por la ventana, lo cual prueba que se consideraba perdido… o bien que quiso pedir auxilio, alcanzó a abrir la ventana y se rompió uno de los cristales.

—¿Era un piso alto? —inquirí.

—No tanto; un tercero. Podría haber saltado… pero no le dieron tiempo, evidentemente.

Permanecimos un instante en silencio, Clement parecía muy afectado.

Al fin Simonheta cogió su sombrero pero no se lo puso.

—Debo saber qué asuntos tenía con Freixas.

—Nada de especial, le pedí que me consiguiera un equipo de fotógrafo.

—Bien. ¿A dónde se marcha?

—Vamos hacia Sete Lagoas, queremos fotografiar las lagunas y el nacimiento del río San Francisco.

—Interesante —se puso el sombrero y antes de salir nos dijo—. En la tarjeta que le he dejado están mis dos teléfonos. Cualquier cosa que sepa llámeme, a la hora que sea.

—Esté tranquilo, lo haremos.

La puerta se cerró y quedamos a solas aplastados pon la espantosa noticia.

—¿Tú crees que estas muertes tienen relación entre sí?

—No puedo probarlo pero puedes apostar que sí —contesté.

Asintió con cara preocupada.

—Bueno, trataremos de conseguir algunas armas, pero no sé dónde. Muerto Nivaldo no conozco a nadie.

—Déjalo de mi cuenta —repliqué con entusiasmo—. Hará falta algo de dinero.

En ese instante sonó el teléfono. Nos quedamos paralizados, conscientes que algún tipo de horror flotaba todavía en la habitación.

Jack finalmente cogió el auricular.

—Sí, soy yo. ¿Cómo?… pues que suba —escuchó un minuto largo con cara de impaciencia—. Bien, bien, ahora bajo.

Me miró con expresión de extrañeza.

—Hay un chaval abajo que trae un sobre para mí. Insiste en entregármelo personalmente.

—¿Por qué no sube?

—La administración no admite… pobres en el hotel masculló con ironía Jack.

Fuimos a la conserjería, allí estaba el chaval: un delgado mulatito de ojos vivos y ropas rotas. Con un gesto de la cabeza el conserje le indicó a «míster Clement».

El niño con una brillante sonrisa alargó el sobre a Jack. Era grande, de papel marrón, estaba sucio y húmedo y tenía la marca de un neumático que lo atravesaba.

—¿Quién te manda? —preguntó el periodista al ver que en la cara del sobre estaba escrito su nombre y la dirección del hotel.

El niño se encogió de hombros y sonrió. Jack abrió el sobre y extrajo una nota. La llovizna había borroneado el texto pero se podía aún descifrar la firma: Nivaldo, costaría comprender el resto, también había algunas fotos ampliadas y borrosas, excepto la de una persona anciana.

—¿De dónde sacaste esto?

El niño señaló hacia algún lugar de la ciudad.

—¿Sabes el nombre de la calle? —No lo sabía. Aconsejé a Clement que cogiéramos el coche y tratáramos que el chaval nos indicara el sitio.

Salimos de inmediato en el Chevy, sin darnos cuenta era ya la una de la tarde y el sol se hacía sentir sobre Rió de Janeiro.

Dimos varias vueltas hasta llegar a un barrio situado entre la plaza de Ipanema y el Parque Botánico. El niño señaló una calle con altas plantas en las aceras. Dimos un respingo, había un coche de la policía aparcado.

Pasamos lentamente frente a una casa, en el tercer piso había una ventana rota. Jack extrajo su agenda y confirmó el dato, aquélla era la casa del infortunado Nivaldo.

El chaval señaló el sitio preciso donde había encontrado el sobre, era la salida del garaje de la misma casa, junto a unos matorrales de orquídeas.

No pudimos sacarle nada más, simplemente lo había hallado por la mañana y de inmediato pensó en la posibilidad de ganarse una propina.

Y en verdad se la había ganado.

Jack le dio cinco mil cruceiros y el niño casi se pone a bailar de

alegría. Lo dejamos en Copacabana y regresamos al hotel.

* * *

Subimos rápidamente al cuarto, cogimos una lupa para intentar descifrar la nota de Nivaldo, estaba escrita en un inglés muy elemental.

Finalmente armamos los trozos de lo que podía ser esa especie de misiva, que era casi un testamento.

Era algo como esto:

> Amigo
>
> …………Tad en archivo…………
> Pidió copias material……………
> ……sirvan para……………………
>
> nivaldo

Una de las fotos, la más nítida, correspondía a un hombre de unos setenta años. Una grapa la sujetaba a un recorte biográfico de un periódico escrito en castellano. El escrito estaba claro, comenzaba con un titular atractivo: «Se considera desaparecido al profesor Leslie Toomuch». Leí en voz alta: «El científico americano ha sido dado extraoficialmente por desaparecido en el delta del Amazonas. Se encontraron restos flotantes de su expedición y el cadáver hinchado por la descomposición del "capanga"[1]de la misma, Adelmar Rivero, ciudadano brasileño nativo de Belén. Al parecer el cuerpo fue localizado atrapado entre las ramas de un árbol en un afluente del Amazonas. El profesor Toomuch, del Tecnológico de Massachusetts fue considerado un maldito entre la comunidad científica a causa de sus arriesgadas y polémicas tesis sobre la evolución de las especies y el llamado "problema de los cuarenta y seis cromosomas". Apoyado en sus análisis de los primates americanos, especialmente amazónicos, llegó a sostener la posibilidad del cruzamiento entre este tipo de monos y seres humanos. Sus investigaciones secretas le acarrearon la excomunión del mundo de la ciencia de su país por lo que se vio privado de los

jugosos presupuestos de los programas de investigación, tanto de diversas fundaciones privadas como del mismo Instituto donde era considerado como una de las máximas figuras hasta que se descubrieron sus misteriosos estudios, calificados de "repugnantes" por sus colegas. Se especula actualmente sobre la desaparición del cuerpo del científico quien, pese a la condena generalizada no había renunciado a continuar con sus experimentos».

Nos miramos en silencio y contemplamos al unísono aquel rostro con una larga nariz que sostenía unos gruesos lentes, un rebelde mechón blanco caía sobre la despejada frente.

El recorte pertenecía a un diario de Venezuela y era de casi tres años atrás.

Las otras fotos mostraban una especie de camión mediano de caja cerrada. Se podía leer un letrero comercial en su costado: «Zoo *Tour*-Proveedores de circos y zoológicos».

—¿Qué crees de todo este barullo? —preguntó Jack.

—Yo diría que tendríamos que localizar esta empresa.

—Pienso lo mismo… —admitió—. ¿Qué opinas sobre la carta caída frente al piso de Nivaldo?

—Creo que la teoría más aceptable es que Nivaldo lo arrojó por la ventana al sentirse acorralado, para que alguien lo encontrara.

—¿Pero estaría él investigando esto?

—Por lo que deja entrever la nota era el material que había solicitado Tad en *El Globo*, pero también podría ser que Nivaldo hubiera conseguido más elementos, intrigado por la muerte de Tad.

—Eso se podría averiguar en el archivo de *El Globo.*

—Bien —dije—. Tendríamos que repartirnos las tareas, tú irás al diario y rastrea la existencia de esa empresa y yo…

—¿Tú qué harás?

—Debo traer mis maletas y conseguir herramientas de… autodefensa.

Jack asintió, metió la mano en el bolsillo y me alcanzó un fajo de billetes.

* * *

Pagué mi pensión y desde allí mismo telefoneé a Gilberto, un buen amigo del sindicato de marineros. Me atendió calurosamente y se puso de inmediato a mis órdenes.

Cogí un taxi y rato después nos deteníamos frente a un vetusto edificio junto a las viejas factorías del barrio portuario.

Gilberto era un mulato de pelo blanco ensortijado y sonrisa contagiosa, su estómago delataba una indisimulable adicción a la cerveza y placeres anexos.

Abrió dos latas de cerveza Brahma y nos sentamos en una desordenada oficinita donde funcionaba el sindicato de hombres del mar. Gracias a su apoyo habíamos podido cobrar nuestros salarios al arribar a Rió. Algunos fornidos muchachos habían apoyado con su presencia nuestras demandas frente a la empresa. Después lo habíamos festejado con una buena borrachera donde ajustamos los lazos de una saludable y jocosa camaradería.

—Gilberto, necesito armas.

—¿Te dedicarás a la piratería? —me preguntó sonriente.

Le expliqué brevemente que debía subir a la jungla y quería hacerlo prevenido. Simuló tragarse toda la historia y asintió con una mirada picara.

—Además las pagaré —agregué.

—No será necesario, bastará que hagas una donación al fondo de los camaradas.

Se puso de pie y fue hacia una viejísima caja fuerte.

Metió la mano y la sacó con una negruzca «Colt» 45.

—¿Te vale? —preguntó.

—Excelente, casualmente es el tipo de calibre que ando buscando.

—¿Te vale? —Esta vez era una pistola «Máuser», pero cuando miré el cañón descubrí que era el mismo calibre de la «Colt». Una rareza.

—¿De dónde sacaste este chisme, Gilberto?

—La dejó hace años un camarada chino —comentó Gilberto extrayendo dos cajas de cartón—. Aquí tienes para practicar un poco el tiro al blanco, hay por lo menos doscientos proyectiles y tienes la ventaja que son los mismos para las dos pipas.

—¿No tienes alguna escopeta?

—¡Hombre! Puedo conseguirte escopetas, ametralladoras… pero necesito dos días.

—No, déjalo —dejé las armas sobre la mesa y rebusqué el dinero para la «donación».

—Mira, James, esto te puede servir. —Gilberto había abierto una cajuela metálica rectangular, en su interior había una gruesa pistola de señales—. Llévatela de recuerdo, mira qué cartuchos… —dijo exhibiendo unos cilindros de cartón—. Pero ten cuidado, es fósforo, si se te dispara en tu habitación o en un coche te transformarás en una pira humana.

—Bueno, me la llevo también —saqué quinientos dólares y se los alcancé.

—¿Está bien, Gilberto?

—Claro, hombre, no te preocupes —guardó el dinero en la caja y la cerró. Me miró fijamente y añadió:

—Cuídate, muchacho.

—Me cuidaré, Gilberto.

Me acompañó hasta el taxi y vi como su figura se empequeñecía mientras agitaba su mano.

* * *

Jack había regresado. Estaba excitado como un perro después de coger una liebre. Sobre uno de los sillones estaba el equipo de fotógrafo con una hermosa valija metálica.

—Bueno, bueno, mira —dijo agitando la fotocopia de un recorte de periódico.

—La cogía, ésta se titulaba «Depredadores de la fauna». Era la usual nota de denuncia ecológica, pero en uno de los párrafos se citaba a un misterioso blanco apodado Tarzán, que operaba con una empresa fantasma llamada «Zoo *Tour*» en algún lugar del estado de Minas Gerais. La nota correspondía a un pequeño diario de provincia.

—¿Cómo la obtuviste?

—Soborno: el chico del archivo tiene el vicio de las carreras de caballos. Ésta fue otra de las notas que había conseguido Tad aquel día. Pero hay un problema.

—¿Cuál es? —pregunté.

—El chico ya había aceptado antes un soborno —noté que Jack estaba bastante preocupado.

—¿Quieres decir de Tad?

—No. De un desconocido, un blanco con una cicatriz en la cara. Le pidió que le mostrara la información que antes había pedido Tad.

—¿Y qué hizo el chico?

—Ya te dije, cogió los cruceiros y le mostró todo —el periodista hizo una pausa y encendió un cigarrillo—. Figúrate, después aparece Nivaldo y vuelve a requerirle lo mismo, y enseguida llego yo con la misma historia. El chico creyó que era una broma, después se puso nervioso. Quiso negarse hasta que le mostré unos billetes, entonces me fotocopió los recortes.

—Pues es una pista importante, y escucha esto, Jack… la vida de ese chico puede estar en peligro.

Nos servimos un par de tragos y nos sentamos adeliberar. Llegamos a la misma conclusión: debíamos poner sobre aviso al inspector Simonheta sobre los rumbos que tomaba el caso.

—Apenas abramos la boca nos impedirá abandonar la ciudad —dijo Jack con expresión de desaliento.

—Eso no sucederá si lo hacemos bien, escríbele un resumen y se lo enviamos por correo.

Aceptó de inmediato, se sentó delante de la máquina y comenzó a teclear. Mientras tanto cargué las pistolas y dejé la «Colt» junto a Jack. La miró sin hacer comentarios.

Abrí mi maleta para cambiarme de ropa. Podía oler el peligro en el aire. Me puse mis zapatones de montaña, unos *jeans* con parches de piel y una camisa amplia, ideal para zonas cálidas. Metí la «Máuser» en uno de los bolsillos de mi chaleco de cremalleras. Mi sombrero daba lástima, lo sacudí contra la rodilla y volví a darle su forma original.

Por el teléfono pedí que nos subieran algo de comer mientras el tecleo de la máquina continuaba. Pensé lúgubremente que aquélla podía ser la última cosa que Jack escribiera en la vida.

CAPÍTULO V

Comimos unas hamburguesas con huevo y patatas fritas mientras Jack repasaba en voz alta las notas para el inspector Simonheta. Pero yo no podía quitarme de la cabeza a aquel chico del archivo, el único que había visto un rostro… y que podía recordarlo.

—Tenemos que alertar al chaval del periódico, tengo un mal presentimiento…

—Ya se lo he expuesto claramente a la policía —respondió agitando la carta.

—Sí, pero ese sobre no estará en manos de Simonheta hasta mañana por la tarde. ¿Y entre tanto qué?

—Vale, lo llamaré ahora mismo —cogió el teléfono y disco un número.

Después de dos intentos se comunicó con *El Globo*, el chico había salido a comer.

—Pregunta dónde come habitualmente —siseé nervioso.

Le dieron un nombre que Jack apuntó en un block.

—Es una hamburguesería que se llama Bob's, cerca del periódico. ¡Vamos allá!

El periódico no estaba lejos del hotel, me senté frente al volante del Chevy y arrancamos.

Afortunadamente el tránsito no estaba en sus horas punta: la gente en Río madruga para poder hacer la siesta o ir a la playa. Las calles estaban bastante vacías.

De pronto nos encontramos frente a Bob's. Era una hamburguesería de tipo americana, pertenecía a una cadena multinacional y se veía bastante gente comiendo.

—Baja tú, Jack, que lo conoces.

Descendió rápidamente mientras yo permanecí con el coche estacionado en doble fila sin detener el motor. Esperé unos minutos, al fin reapareció el periodista.

—No está —comentó malhumorado.

—Cabe la posibilidad que hoy no haya comido aquí, o que ni siquiera haya salido del edificio de *El Globo* —apunté.

Jack asintió preocupado.

—Hagamos una cosa —le dije—. Vayamos desde aquí hasta el periódico, ¿conoces el camino?

—Sí, continúa derecho por esta misma calle —contestó Clement.

Avanzamos una calle y otra, del pavimento brotaba un calor infernal, íbamos por una arteria muy comercial y nos llegaba el aroma de pollo frito y café, una música marchosa atronaba desde las casas de discos y ropa ordinaria de colores fuertes se remataba a precio de saldo.

En ese momento choqué contra «el otro» vehículo.

Por suerte íbamos despacio. Fue apenas un golpe seco, amortiguado. Parachoques contra parachoques, sin otra consecuencia.

Puse la marcha atrás y retrocedí un par de metros. Me había trabado un camión detenido en doble fila, uno de esos vehículos medianos y cerrados que efectúan el reparto en las ciudades.

Bajé a comprobar los daños. El Chevy estaba bien, salvo un raspón en la pintura del capó. En la trasera del camión no se notaba nada, como si el encontronazo no hubiera existido, respiré aliviado y le hice una seña a Jack para tranquilizarlo.

El conductor del camión no había dado señales de vida. Me acerqué por el costado hasta la cabina. Había un tipo sentado frente al volante. Puse mi mejor sonrisa y le dediqué la clásica frase de los cariocas:

—¿Todo bien?

El hombre me miró: era blanco y estaba fumando. Sonrió casi como una mueca.

—Todo bien, todo bien, no hay problema, siga su camino —contestó nerviosamente.

Algo me llamó la atención en él… fue como un campanazo de atención. ¡Tenía una cicatriz en la cara!

Podía haber cientos de personas con una cicatriz así, pero…

Entonces leí al costado del camión las grandes letras amarillas sobre fondo verde.

¡¡¡ZOOTOUR!!!

Retrocedí de un salto mientras gritaba a Jack.

—¡¡¡Son ellos!!!

El tipo masculló una maldición y abrió la portezuela con una velocidad sorprendente. De un salto estuvo en el pavimento y me dio un fuerte empellón.

Perdí pie cayendo hacia el centro de la calle.

Escuché rechinar unos frenos y entonces entendí: el «Cicatriz» me había arrojado hacia el carril donde los coches venían más rápido.

Una mole de metal caliente patinó a centímetros de mi cabeza: olí a caucho quemado al mismo tiempo que sentí un brutal golpe en mi costado. Rodé sobre mí mismo para alejarme del peligro mientras escuchaba estruendo de chapas que se arrugaban y cristales que estallaban.

… ¡¡¡CRASHHHHHH!!!

Me puse de rodillas atontado y levanté la cabeza… ¡para ver venir directamente hacia mi cara un pie calzado con una bota llena de barro reseco!

¡¡¡PAAFFFFF!!!

Cuando comencé a reincorporarme tenía gusto a sangre en la boca. Escuché gritos y con un esfuerzo supremo me puse de pie.

El «Cicatriz» había trepado al camión y quería ponerlo en marcha. De un salto llegué hasta la ventanilla, lo cogí de los pelos y sacudí su cabeza hacia atrás y adelante.

¡¡¡TRUNK!!! ¡¡¡TRAC!!!

Le dejé sobre la frente las huellas del volante y en la nuca un poco de pintura de la mampara que dividía la cabina de la caja.

El tipo aulló de dolor pero no lo solté. En cambio repetí la operación péndulo.

¡¡¡TRUNK!!! ¡¡¡TRAC!!!

En ese instante recibí un golpe en las costillas que me hizo gritar como un perro. Alguien me había atizado justo en el mismo sitio donde me había magullado el auto.

Me di vuelta. Era un negro mediano con aspecto de boxeador y

camiseta a rayas. Tenía la nariz como un trozo de pimiento chamuscado.

Allí mismo le di con mi izquierda.

Asimiló el golpe pero quedó tocado. ¿¡Dónde diablos estaría Jack!?

Sentí un golpe feroz. El «Cicatriz» reaccionaba: había abierto la portezuela del camión con fuerza para darme con ella y descendía con cara de pocos amigos. O mejor aún, con cara de ningún amigo.

Decidí devolverle el truco de la puerta y me arrojé contra ella con violencia echando mis noventa kilos tras mi hombro.

¡¡¡TUMP!!!

Lo atrapé como a una rata.

La cara le había quedado justo en la moldura donde encajaba la puerta en la carrocería. Decidí repetir la medicina.

¡¡¡TUMP!!!

Abrí la puerta y se derrumbó como un saco de manzanas.

Mientras cerraba la guardia para enfrentar al de camiseta rayada que venía por más, me pregunté dónde diablos estaría Jack. El camión no me dejaba ver nada. La calle se estaba llenando de curiosos que animaban la trifulca con sus gritos y que incluso cruzaban apuestas. Y por lo que escuché, «El Gringo» (o sea yo) era favorito dos a uno.

Decidí confirmar el pálpito de mis seguidores y le entré la nariz de pimiento con un rápido upercut. Quedócomo suspendido en el aire durante un segundo y cuando descendía lo terminé con un directo.

Salté sobre él y corrí hacia la acera apartando a los curiosos que me aplaudían. En nuestro coche no había nadie, entonces vi a Jack que me hacía desesperadas señas desde el interior de un pequeño local. Estaba tras la vitrina con un teléfono en la mano. Corrí hacia él.

¡Y en ese instante se acabó el mundo para mí!

Algo o alguien me cogió por detrás y me arrojó como una pelota por el aire. Fui a caer directamente sobre el capó de nuestro Chevy.

Creí que el espinazo se me partía, quise reincorporarme ahogando un grito de dolor en el mismo instante que la doble patada de una mula me alcanzó en el rostro.

Y ya no sentí nada, ni dolor, ni frío, ni calor.

¿Qué puedes sentir en el espacio vacío, donde sólo brillan momentáneas estrellas?

* * *

El inconfundible aroma del yodo me inundó el cerebro, algunas luces blancas fueron cobrando formas nítidas. Estaba en la camilla de una ambulancia, pero no íbamos a ningún sitio: el vehículo estaba aparcado.

El primer rostro que distinguí fue el de Jack, anhelante y preocupado. ¡El maldito tenía la cara sin un rasguño!

—Indy. ¿Estás bien? ¿Me reconoces?

—Claro, eres Nelson Rockefeller. —Le dije trabajosamente.

Sonrió feliz. ¡Ya estaba todo bien! El bueno de Indy regresaba del más allá con su buen humor intacto.

—Ahora debes dormir un poco, muchacho, te llevaremos al hotel —dijo Jack.

—¿No crees que ya he dormido una eternidad? —mascullé mientras un joven médico me tomaba el pulso.

—Apenas diez minutos —contestó el periodista.

—¿Puedes decirme lo que pasó? —pregunté mientras la ambulancia se ponía en marcha.

—Encontramos al chico. Está bien —sonrió Clement, feliz de alguna buena noticia.

—¿Dónde estaba? —inquirí.

—Había terminado de comer y regresaba al periódico. Se paró en un local de apuestas.

Asentí sin abrir la boca, tenía adentro demasiada gasa y algodones.

—Los tíos estos venían siguiéndole en el camión, aparcaron en doble fila cuando entró al local de apuestas y lo estaban esperando. Allí fue donde los atropellamos. Eran tres, pero el último no apareció hasta último momento. Estaba oculto en la caja. Fue el que te atizó duro.

—¿Pudiste verlo?

El periodista todavía estaba asombrado.

—No muy bien, había mucha gente presenciando la final, además fue todo muy rápido, se abrieron las puertas traseras y saltó un tipo… rarísimo. Iba vestido con un mono, de esos que usan… los

mecánicos o los tipos de los aeropuertos. Te levantó en el aire y te arrojó contra nuestro coche. Cuando quisiste levantarte te dió con el puño y eso fue todo.

—¿Era alto?

—No. Creo que era incluso más bajo que yo, una estatura… normal, aunque tenía los brazos muy largos y evidentemente era muy fuerte… te alzó como si fueras un niño.

—¿Qué cara tenía? —pregunté, olvidándome del dolor de mi mandíbula.

El periodista pensó un momento rascándose la cabeza.

—Fue imposible verle el rostro: llevaba una especie de capucha del mismo color del mono.

—¿Y qué hizo después?

—Desapareció corriendo tras el camión. Era ágil como un gato. Cargó a sus colegas en la cabina y huyeron como alma que lleva el diablo.

La ambulancia se detuvo frente al hotel. Un enfermero, pese a mis protestas, me ayudó a descender.

—¿Dónde está ahora el chico?

—Le di un dinero y le dije que desaparezca esta noche de Rió, y que mañana por la tarde telefonee al inspector Simonheta.

—Bien hecho. Eso nos dará tiempo de largamos —aprobé.

—¿Crees que estarás bien? —observó preocupado el periodista.

—Una noche de cama y estaré como nuevo.

Me instalé en una cama y, apenas se hubo ido el enfermero, le pedí a Jack que me sirviera un trago.

Del bolsillo del chaleco que tenía a mi lado extraje la «Máuser».

—Jack: la próxima vez coges esto, lo usas y después haremos las preguntas. —Y le agité la pistola en la cara.

El periodista asintió gravemente.

—Ahora debemos apresurarnos, si existe ese Tarzán procurará ponerse a salvo.

—… O desmontar los restos de su organización —continuó Jack.

Cerré los ojos y di las últimas instrucciones a Clement.

—Recuerda: si golpean la puerta abre, pero con la pistola lista.

—Duerme, muchacho, tengo que comenzar a ganarme el sueldo.

Me dormí con el tecleo de la máquina de Jack en los oídos.

CAPÍTULO VI

Dormí como un lirón hasta las nueve de la mañana. Jack me contemplaba con ansiedad cuando abrí los ojos.

El cuerpo me dolía normalmente, o sea de acuerdo a la paliza recibida.

Jack llevaba un equipo tipo «explorador de Hollywood», incluido un pintoresco sombrero que haría avergonzar al mío, gastado y con manchas de sudor.

Después de desayunar me di un baño y me afeité. Me tomé un par de pastillas para aliviar los dolores de los huesos.

—Soy un hombre nuevo —le comenté sonriendo.

—Si te miran la cara, no convencerías a nadie —contestó.

Diez minutos después cogíamos la autopista de la Universidad dejando a nuestro costado el legendario estadio de fútbol de Maracaná. El día era esplendoroso, lo cual no nos convenía: a mediodía el calor apretaría demasiado.

Jack conducía a buena velocidad. En un rato dejamos atrás los miserables suburbios de la ciudad y entramos a una hermosa carretera de cuatro carriles que circulaba entre cerros de vegetación tupida.

Me fui al asiento trasero a hacer una siesta. Aun con el aire acondicionado hacía calor dentro del coche.

Casi a las diez de la noche entramos lentamente en los suburbios, llenos de chabolas, de Sete Lagoas. Nos detuvimos al amparo de la sombra de un gigantesco almacén de frutas, apagamos los faros y nos pusimos a deliberar.

—Debemos encontrar el bar Tiradentes, pero sin llamar la atención, cosa que yo no lograría nunca —comenté.

—Ésa es la desventaja de los americanos altos —dijo Jack

sonriente.

—Pues irás tú en ese caso —repliqué.

Decidimos acercarnos más en el coche. Circulamos en primera marcha y sin luces. Tropezamos de pronto con una morena muy pintada y en minifalda. Abandonó el portal donde se apoyaba y vino hacia nosotros arriesgando su esqueleto sobre un par de tacones altísimos.

—¿Buscáis compañía? —preguntó inclinándose sobre mí.

—Nos esperan, nena —respondí haciendo un gesto de resignación.

—¡Bah! ¿Quién te espera? Si es una mujer puedes dejarla plantada, no hay competencia conmigo —musitó con una voz profundísima mientras me echaba en el rostro una bocanada de aliento a chorizo y tabaco.

—No se trata de eso, chica. Debemos encontrar a un amigo en el bar Tiradentes.

—¡Puf! ¡Ése es un bar de maricas! —Y agregó despectiva—. Seguro que vosotros también lo sois.

Sonreí y saqué un billete de quinientos cruceiros.

—Olvídate de mis costumbres sexuales y dime cómo llegar hasta allí.

Le aletearon las fosas nasales y el billete desapareció.

—Bueno, por lo menos sois unos caballeros —nos indicó el camino y regresó a su portal.

No era muy lejos, cuando empiezas a tropezarte con mujeres en los portales es que arribas a la calle de la «marcha». En la esquina siguiente comenzaron los carteles de neón.

Detuvimos el coche y examinamos los anuncios, aquí el New Texas, más allá el Berimbau, después el Stork Club y casi al final de la calle brillaba en dos colores el cartel del Tiradentes.

Nos desviamos por una calleja lateral, la zona del pecado era una especie de pueblo del farwest con una única vía.

—Esto facilitará la faena —comenté a Jack.

Siempre con las luces apagadas nos detuvimos en la trasera del último edificio: una casa con galería y algunas habitaciones en el primer piso. Estaba todo lleno de cajones de botellas vacías, mesas rotas y sillas sin patas.

Atravesamos el desorden hasta una puerta desvencijada. Estaba

abierta y, de inmediato, nos llegó el ruido de la música. Era la zona de retretes… y se olía claramente.

De pronto tropezamos con un moreno sudoroso. Llevaba un delantal en el que no cabía una mancha más.

—¿Qué desean? —Gruñó.

—Queremos conversar con el señor Emilio Da Silva —contesté.

—¿El señor? —rió por un costado—. Hace años que nadie llama así a Da Silva.

—Es igual, dígale que un par de amigos quieren verlo —cortó Jack educadamente.

—Bien, esperen aquí —dijo y salió hacia otra puerta.

Esperamos un rato y de pronto se abrió la puerta desvencijada por la que habíamos entrado. Una alta silueta se recortó contra el marco, todo era oscuro en ella excepto el brillo del cañón del revólver con el que nos apuntaba.

No dijo una palabra, no lo necesitaba.

A nuestra espalda otra puerta. Dimos la vuelta para encontrarnos con otro revólver, el sujeto que lo llevaba se hizo a un lado y apareció un tío de unos cincuenta años. Estaba hablando con alguien que permanecía fuera de nuestra vista y no nos miró al entrar. Éramos un asunto de poca monta, o eso quería dar a entender.

—¿Quién me busca? —preguntó a uno de los hombres armados.

—Estos dos, parecen gringos —informó el matón sin quitarnos la vista de encima.

Entonces el jefe reparó en nuestra existencia. Pudimos verlo mejor: llevaba un traje color crema y una impecable camisa celeste como fondo a una corbata bordeaux. El nudo de la corbata tenía el tamaño de una pera.

El tipo lucía una especie de sonrisa a lo Pedro Armendáriz y el bigote seguía el estilo.

—¿Quién les dió mi nombre?

—Anne Ricker.

—¡Ah! —En su rostro apareció una expresión de placidez—. Bien, bien. *Miss* Ricker es una buena amiga —hizo una seña a los matones que se retiraron hacia el bullicio del bar.

—Síganme —traspusimos otra puerta lateral, tras ella había una oficina en penumbras. Encendió una luz y nos hizo acomodar en

sendos sillones. Él se sentó tras el escritorio reafirmado en su papel de hombre importante.

—¿Sois los periodistas? —inquirió mientras sacaba una caja de cigarros.

—Sí —contestó amablemente Jack, contento de iniciar una conversación más tranquila.

—Bueno, he tenido algunos… problemas, pero lo que necesitan está. Mañana los conduciré hasta el puerto —dijo Da Silva mientras se encendía un grueso puro.

—¿Qué clase de problemas? —pregunté, mientras cogía un puro para mí.

Da Silva contestó no mientras miraba el movimiento de mi mano.

Acerqué la cerilla de su escritorio a mi cigarro.

Le alcancé el puro a Jack que, sorprendido, lo cogió y le dio una chupada.

—Señor Da Silva —continué al tiempo que cogía un segundo cigarro—. Esperamos que cumpla su trato sin problemas de último momento.

Me puse de pie y Jack me siguió.

—Entonces… ¿Lo veremos mañana?

—Sí, claro —me imitó—. ¿Dónde pasarán la noche?

—No lo sabemos aún —dijo Jack.

—Les recomiendo la pensión Baratinha —nos dió unas indicaciones y nos fuimos por la puerta trasera seguidos por el ruido de la música.

La pensión Baratinha estaba en un barrio más decente, de casas nuevas y calles bastante limpias. Un empleado somnoliento nos guió hasta un cuarto tranquilo. Nos dormimos inmediatamente. Si había pulgas no nos enteramos.

* * *

Al otro día, un poco antes de las doce, detuvimos el Chevy frente al bar Tiradentes. Un negrazo viejo limpiaba el piso con desgana. Un trozo de puro minúsculo colgaba milagrosamente de su labio inferior.

A la luz del día el bar exhibía sin pudores sus miserias, su baratería y el cartón piedra despintado del decorado.

—Queremos hablar con Da Silva —dije al negrazo. Me miró con aire ofendido:

—Querrá decir con el *señor* Da Silva —replicó.

Miré a Jack con resignación y asentí.

—Claro, el señor Da Silva.

Un rato después apareció el patrón, esta vez llevaba una camisa bahiana por encima del pantalón.

—Buen día, señores. ¿Están listos? —saludó sonriendo como un vendedor.

—Sí, vamos a ver ese barco —contesté sin sonreír.

Da Silva no pretendía seducir a nadie. Dio un grito y apareció uno de sus matones. Traía la chaqueta en la mano y transpiraba como un galeote. Llevaba un revólver bajo la axila.

—Sígannos en su coche —fue la única indicación. De la calleja lateral apareció un *jeep* Toyota conducido por el otro guardaespaldas.

—¡Ponte la chaqueta, imbécil! —Ladró Da Silva—. ¡No quiero que andes exhibiendo la «ferretería» por la calle!

El *jeep* cogió una carretera vecina. En unos minutos dejamos atrás los campos donde pastaban los cebúes y entramos otra vez a la selva. Los seguimos. Esta vez conducía yo mientras Jack aprovechaba para tomar fotografías.

El calor era húmedo y los árboles se acercaban cada vez más a la carretera, a veces vislumbrábamos pequeños monos saltarines.

Estuvimos viajando casi dos horas, cruzamos algún auto y un autobús destartalado. Finalmente comenzamos a oler el agua, y tras un recodo apareció lo que un cartel del camino denominaba exageradamente «Puerto del laguito». El puerto consistía en una serie de pilotes clavados en la orilla del agua y un camino de tablones resecos que formaban el muelle.

Había algunas barcas de pescadores, un vapor pequeño que había sido viejo ya en tiempos de la Gran Guerra y un velero mediano, también entrado en años.

El *jeep* se detuvo al borde del muelle y Da Silva descendió estirando aparatosamente los brazos. Nos acercamos a él, que nos señalaba el vapor amarrado al muelle.

—Esto es lo que pidieron, señores. Lo ideal para el tipo de viaje que piensan realizar, cuatro cuchetas, motor auxiliar de 90 HP…

—Ahora nos querrá vender un seguro —comenté por lo bajo a Jack.

El barquichuelo no estaba mal, pero se le notaba la inactividad; faltaba barniz y brillo en los bronces. Tendríamos suerte si no tenía alguna cuaderna podrida.

—Bien —dijo Jack—. Entonces aquí nos despedimos.

Da Silva lo miró fríamente, aunque su boca mantenía la sonrisa.

—Antes tenemos que solucionar… un pequeño problema —susurró Da Silva.

—¿Cuál es el problema? —pregunté adelantándome hacia él.

Escuché un doble clic a mis espaldas y me detuve en seco. Conocía la máquina que los había producido, y no era precisamente una Kodak.

—La señorita Ricker tiende a olvidar que los contactos que yo tengo en esta zona son caros. Ella me pide un favor y yo lo hago, pero todo cuesta dinero. La gente es insaciable —explicó Da Silva con gesto compungido.

—Pues no pagaremos nada —indiqué—. Usted tiene un trato con ella. ¡Cúmplalo!

Da Silva movió la cabeza con triste incredulidad.

—Señor James, estamos en plena selva. La señorita Ricker no podrá obligarme a nada… sólo se trata de una pequeña comisión, unos mil dól…

¡¡¡BANG!!!

El disparo nos sorprendió a todos y más que nadie a Da Silva que creía tener la mano ganadora.

—Como ve, Da Silva, no estoy tan lejos como usted piensa.

Levanté la cabeza desde el piso a donde me había arrojado. ¡Era una voz de mujer!

Anne Ricker sostenía firmemente con sus dos manos una pistola «Smith &Wesson», calibre 38. Y por la manera en que tenía encañonado a Da Silva parecía muy dispuesta a usarla.

CAPÍTULO VII

Todo fue muy simple: Da Silva se disculpó, no sin intercalar un detalle de sus pérdidas económicas. Lloriqueó un poco frente a Anne que se mantuvo implacable.

Finalmente trepó al *jeep* con sus muchachos y se alejaron.

—¿De dónde sacaste este socio? —pregunté a la chica.

—No es mi socio, es un empleado circunstancial de la agencia. Y en algo tiene razón, es un tipo de muchos contactos, a veces ha cooperado muy bien.

—¿Qué quieres decir con la «agencia»? —pregunté.

—No contesto a ciertas preguntas —replicó la rubia con un mohín.

—¿Pero cómo apareciste aquí? —preguntó Jack.

—Es que me interesaban unas vacaciones distintas, y no negaré que esta historia me intriga mucho. De modo que cerré el trato con Da Silva y me oculté en el mismo barco a esperarlos, también le pedí que no dijera nada de mi presencia aquí.

La ayudé a saltar sobre la cubierta del barco y ella se dirigió a Jack.

—Por cierto, Jack, no acepté salir contigo la otra noche porque debía partir temprano hacia aquí. Pero no podía decírtelo.

Jack se puso colorado como un tomate.

—Eeehhh… bueno, olvídalo, Anne. Yo también estaba cansado.

Cuando quedamos los dos solos no sabía a dónde mirar.

—¿Conque no tenías el número de teléfono de Anne? —le dije.

—¡Oh! ¡Indy!… yo —no lo dejé seguir.

—Bien, bien. La quieres para ti solo, no te estorbaré, pero que ella decida.

Lo dejé protestando su inocencia y me fui a inspeccionar las

máquinas. Estaban bastante bien y los medidores de aceite y gasóleo eran tranquilizadores.

Anne me alcanzó una cartera de cuero. Allí había varias cartas geográficas escritas en inglés. Lancé un silbido: eran tan detalladas que hasta figuraban los senderos para caminantes.

—¿De dónde las has sacado? —pregunté riendo.

—No contesto ciertas preguntas —respondió con picardía.

—Estas cartas no tienen el nombre del editor.

—Olvida eso y dale máquina al cacharro —contestó esquivando el bulto.

Eso hice, el motor respondió excelentemente. Después de calentar las máquinas unos minutos enfoqué al centro del río, el velero se movió pesadamente hasta ubicarse en la suave pero constante corriente.

Jack apareció riendo feliz con una máquina Pentax colgando del cuello.

—¡Es formidable! ¿Usaremos las velas?

—No será necesario, la fuerza de la corriente alcanzará. Reservaremos el motor para tramos difíciles o torrentosos —contesté.

—Estudiemos la ruta —propuso Anne.

Extendimos el mapa sobre una mesa abatible.

—Tenemos unos cien kilómetros hasta este punto: allí está la bifurcación que debemos coger.

—Sobre este brazo está la finca de Tarzán —dijo Anne—. A propósito, ya averigüé su verdadero nombre, se llama Kurz.

—¿Kurz? ¿Es alemán? —pregunté.

—Nadie lo sabe. Maneja mucho dinero y tiene una serie de oídos repartidos en la zona de modo que es difícil que no se entere si alguien viaja en su dirección.

—¿De dónde sacas esos datos? —preguntó Jack inocentemente.

—No contesto ciertas preguntas.

—Bueno, olvidemos las fuentes. ¿Qué más sabes sobre Kurz? —pregunté.

—Está medio loco pero tiene poder y eso lo hace peligroso, si fuera un don nadie ya estaría encerrado en un loquero.

Anne fue al camarote y regresó con más papeles. Eran reproducciones de fotos aéreas transmitidas por télex.

El río se veía como una víbora blanca y la selva como una mata oscura. Unos pequeños rectángulos se agrupaban en un claro junto a la curva del río.

—Éstas son las instalaciones de la finca de Kurz —señaló la chica—. En esta curva hay una cascada que transforma el riacho en no navegable, quiero decir que no se puede llegar hasta el San Francisco. El salto tiene unos diez metros de altura. Kurz ha montado allí una usina de paletas, rudimentaria pero efectiva, que lo provee de fuerza y electricidad.

Efectuamos unos cálculos: Llegaríamos a las inmediaciones de la cascada al otro día al anochecer. Había que tomárselo con calma.

Apenas oscureció echamos el ancla y el barco viró lentamente para acomodarse al suave flujo de la corriente. Encendimos los fanales de posición y pusimos manos a la obra, es decir preparar una buena cena.

La nevera estaba bien provista: improvisamos unas ensaladas a base de aguacates, queso, piña y jamón. Sobre una pequeña barbacoa alineamos unos peces que había conseguido sacar Jack con sus anzuelos, los rociamos de sal y tabasco y pronto comenzaron a oler maravillosamente.

Nos acomodamos bajo una toldilla remendada, destapamos unas cervezas y comenzamos la fiesta. Habíamos cubierto el pequeño fanal con un trapo colorado y en cuestión de segundos se concentraron allí la mitad de los insectos que pululaban por aquel riachuelo.

Pronto una gran luna se posó sobre los árboles y el agua adquirió brillos metálicos. Jack se sirvió una generosa ración de *whisky* en un vaso gigantesco.

—Indy, he cogido un libro de tu maleta.

—¿Cuál? —pregunté.

—«El corazón de las tinieblas» de Joseph Conrad, me vendrá bien para dormirme.

—No estés tan seguro, muchacho. Y recuerda además que haremos tumos de guardia —le avisé.

Saludó con la mano y desapareció por la escalera del camarote. Anne y yo también nos servimos unos tragos mientras fumábamos en silencio.

De pronto me miró…

—Escuché algo que le comentaste a Jack —comenzó.

Hice un gesto de ignorancia y ella prosiguió:

—… Acerca de mi número de teléfono.

—¡Oh! Sí. Olvídalo. Es una tontería que dije.

—Pero… ¿Para qué querías mi número de teléfono? —susurró mientras servía más *whisky* en ambos vasos.

—Pues… la verdad es que quería invitarte a ver la luna de Rió colgando sobre el Pan de Azúcar —contesté mirándola directamente a los ojos.

Ella acercó su rostro un poco más. Pude oler su piel y su perfume, me di cuenta que la única luz era la de los fanales y la del fondo de sus ojos húmedos.

—¿Sabes, Indy? La luna de Rió es la misma que está allí, sobre los árboles.

—Tienes razón, nena. ¿De dónde sacas tanta información? —La distancia que separaba nuestros labios no permitiría el paso de una hoja de papel delgada.

—No contesto ciertas pre…

No dejé que continuara su frase… y sin necesidad de pronunciar palabra alguna.

CAPÍTULO VIII

Me desperté entumecido bajo la toldilla. Estaba solo pero alguien me había arropado con una manta. Me cubrí los ojos para evitar el fulgor violento de la luz.

Jack estaba sentado en la proa con su libreta de notas. Me miraba a través de sus gafas negras.

—Hola, ¿novedades? —Gruñí mientras me incorporaba.

—Ninguna, excepto que no me despertaste para mi turno de guardia.

—Estaba desvelado y decidí dejarte dormir —improvisé rápidamente.

—Sí, a Anne le debe haber sucedido lo mismo, la escuché descender a su camarote casi a la madrugada.

—Con tus «oído dormido» no necesitaremos establecer guardias por la noche —comenté. No me contestó.

—¿Qué te parece si hacemos un buen desayuno antes de que los mosquitos se abalancen sobre nosotros?

—¡¡¡Aprobado!!! —Oímos a nuestras espaldas.

Giramos al mismo tiempo: Anne había surgido desde el camarote con un bikini que cortaba el aliento.

—… Pensaba lo mismo —agregó pasando provocativamente ante nosotros—. Pero antes necesito un baño.

Se sumergió en el agua y rápidamente emergió manoteando con precisión. Dio una vuelta alrededor del casco y le ayudé a trepar por la escalera de cuerdas.

Eran casi las nueve de la mañana cuando acabamos de desayunar: comenzaba la presión del sol y nos pusimos en marcha.

Anne pasó su brazo sobre mi hombro.

—¿Cómo has dormido?

—Magníficamente. Gracias por la manta.

—De nada —se quedó pensativa un momento y agregó—. Anoche estuve pensando en ti antes de dormirme.

—¿Y qué pensabas? —pregunté.

—Que cuando te conocí en el Yacht Club me pareciste un pedante que va de duro por la vida, y ahora…

—¿Y ahora qué?

—Pienso lo mismo —rió alegremente—. Pero me gustas así. En realidad me gustaste de entrada: eres más humano que ese actor que se te parece, pese a tus aires.

—Ni lo nombres, es una de las causas del lío que es mi vida. La gente espera de mí que realice toda suerte de hazañas, que rescate princesas secuestradas por dragones, o localice bombas atómicas un minuto antes de estallar —protesté.

—¿Y qué es lo que quisieras hacer de tu vida?

Mientras sostenía la rueda del timón pasé mi brazo por su cintura y medité brevemente.

—Necesito tranquilidad, me gustaría retirarme a escribir mis memorias y ordenarlas, por lo menos sacaría el jugo a las historias que he vivido.

—¿Hay muchas chicas en ellas?

—Aclaremos el punto: para que exista una buena historia deben mezclarse proporcionalmente violencia y sexo.

—¡Tienes un concepto barato de la literatura! —exclamó.

—No seas tonta, Anne. Sexo y violencia hay en Sófocles, Shakespeare, Dostoiewsky y Hemingway. Todo depende de cómo lo hagas.

Mientras Anne y yo discutíamos en el puente, Jack proseguía fotografiando el luminoso canal por donde nos deslizábamos.

Pasado el mediodía nos refugiamos bajo la toldilla.

Finalmente decidimos acercar el velero a la sombra de unos altos eucaliptus costeros y esperar el descenso del sol para continuar.

—¿Crees que Kurz «Tarzán» está sobre aviso, Anne?

—Difícil saberlo, espero que Da Silva no intente conseguirse sus mil dólares por otro lado.

—Oye, cariño… ese tipo. ¿Es de tu banda o no? —le espeté.

—Es un independiente, Indy. Tiene tanta moral como una araña,

si le pagamos trabaja para nosotros. A veces colabora con los narcotraficantes de Bolivia, también cobra de una empresa que exporta muchachitas para los prostíbulos de lujo de los Emiratos Árabes…

—O sea que este tío es de poco fiar… —concluí con pesimismo.

—Exacto, pero para él somos una cierta… estabilidad.

Confió en que no levante la perdiz, pero repito, es un independiente.

A eso de las seis de la tarde encendí el motor. Teníamos algunas horas de luz por delante. Jack, con una pértiga mantenía el casco alejado de las ramas bajas. Lentamente el velero se alineó en la corriente.

En ese momento divisé la primera canoa. Venía en sentido opuesto y se dirigía hacia nosotros.

Anne, en un segundo, estuvo a mi lado. Se había puesto una camisa y pantalón estilo safari y de un cinturón de cuero colgaba una funda con la «Smith &Wesson». ¡Una chica entrenada!

Detrás de la primera canoa apareció otra, y otras dos. Eran largas, talladas en troncos. Había cuatro o cinco remeros en cada una: una especie de zambos semidesnudos.

Se fueron acercando rítmicamente. Hice una seña a Jack y contestó afirmativamente: tenía la «Colt» en la mano.

En ese momento, en una de las chalupas se puso de pie un hombre que a la distancia parecía blanco. Llevaba camisa y sombrero, agitó un brazo para saludar y le contesté.

Dio una orden a los remeros y momentos después pusieron su canoa al pairo. Detuve el motor y quedamos balanceándonos suavemente.

—¡Hola! Buenas tardes, señores —gritó el tío quitándose el sombrero. Era un mulato brasileño, llevaba barba y tendría unos cuarenta años.

—¡Hola! —saludé—. ¿Necesita algo?

—¡No! Todo bien, aunque si tiene una cerveza fría la aceptaría con gusto.

—Deberíamos invitarlo a subir, puede tener información, y si es peligroso lo tendríamos al alcance de la mano —me susurró Anne.

—¡Suba! Beberemos esa cerveza.

El tío se inclinó agradeciendo y trepó ágilmente hacia la

cubierta. Dio unas órdenes en un dialecto incomprensible a los remeros y se acercó quitándose el sombrero.

—Soy Plinio Vargas, para servir a ustedes.

—Me llamo James, ésta es la señorita Anne y mi socio Jack.

Estrechó las manos de todos y se inclinó ante Anne. Era un tipo todo ceremonias y besamanos.

—Americanos, ¿verdad?

—Sí. ¿Usted es de la zona? —pregunté.

—De aquí y de allá —cogió la lata que le alcanzó Anne con evidente placer—. ¿Van de excursión?

—Algo así. Escribimos para una revista sobre viajes, animales y todo eso.

—¡Ah! Periodistas… muy bien. Gente intelectual, preparada —el tal Plinio era un maestro de la alabanza—. Estaba en mi plantación y me avisaron: viene barco, gente blanca. Extraño me dije, iremos a saludar, aquí no llegan muchos forasteros.

—¿No hay blancos en la zona? —preguntó Anne.

—Si los hay no los he visto, esto es muy solitario.

—¿Son indígenas sus remeros? —preguntó Jack.

—Es una antigua tribu. Antes vivían cerca del San Francisco, ahora están más al sur, mejor pesca por aquí.

—¿Trabajan para usted? —pregunté.

—No sería exacto decir eso. A veces me ayudan, a cambio les doy semilla, fariña… en fin, colaboran, pero cuando quieren.

Destapamos otras cervezas, los remeros habían encendido cigarrillos de hojas y conversaban tranquilamente sin preocuparse del sol y los mosquitos.

—Esta noche tenemos fiesta en la aldea de esta gente, para ellos comienza la temporada de la «Caza Larga» y bailarán, actuarán y se emborracharán, es divertido, pocos forasteros lo han visto. Si quieren venir…

El tipo había largado un anzuelo carnoso, la cuestión además era si estaba envenenado.

Nos consultamos con la mirada y aprobé.

—Nos agradará mucho, podremos tomar unas bellas fotos. ¿Dónde está el sitio?

—No muy lejos de aquí, cerca de la costa —informó Plinio.

Convinimos en seguirlos. La fiesta sería al caer el sol. Después de

repetir sus cumplidos, Plinio saltó hacia su barca.

Poco después las canoas enfilaron a favor de la corriente hacia el recodo donde habían aparecido. Puse en marcha el diesel y mantuve el rumbo detrás de la flotilla.

—¿Qué piensas de esto, Indy? —inquirió Anne.

—No sé qué decirte. Plinio es un modelo de cortesía, pero para averiguar qué se esconde tras su invitación debemos ir, puede ser una ocasión para que se ponga charlatán.

—… O violento —apuntó Jack.

—En tal caso nos pondremos violentos también nosotros —agregué.

—Tengo algunos chismes que nos podrán ayudar en ese caso —dijo Anne con cara de misteriosa.

—¿Un botiquín provisto por la agencia? —le dije con ironía.

—Hay preguntas que no contesto, repito: no contesto.

Media hora después, Plinio se puso de pie en su canoa y comenzó a agitar el sombrero señalando hacia babor, las canoas iban enfilando hacia esa orilla.

Desaceleré y Jack preparó el ancla. Anne se colgó una pequeña bolsa del hombro, tenía los labios pintados y maquillaje. Fuera lo que fuera, íbamos a una fiesta. La besé suavemente tras la oreja, se estremeció levemente, y pude oler a Chanel nº5.

¡¡¡SPLASH!!! El ruido del agua al recibir el ancla me hizo dar un respingo, alcé la vista y me encontré con la mirada burlona de Jack.

—Atento, timonel… o encallaremos.

Pude llevar el leño salvo hasta la orilla girando sobre el ancla.

—Ha sido una buena maniobra —comenté.

—¿A qué te refieres? —preguntó con picardía Anne.

—Plinio espera —corté.

Descendimos como cándidos turistas, ayudando a Jack con el equipo de fotografía que incluía un trípode de aluminio.

Plinio nos indicó el camino. Era un sendero disimulado, sólo visible andando dentro de él.

Caminamos escuchando el parloteo de Plinio sobre la lluvia, la cosecha y la pesca, finalmente desembocamos en un claro donde se enfilaban una serie de toscas cabañas de hojas. Niños chillones corrían de aquí para allá, y algunas mujeres pequeñas se afanaban en torno a unas hogueras.

—Ésta es la aldea de mis amigos —anunció Plinio pomposamente.

Nos acercamos a las hogueras, había varios asadores clavados sobre las brasas donde se doraban ovejas y cabras. Unas vasijas rústicas contenían un líquido que olía fuertemente, las mujeres se lo bebían lanzando grititos de alegría.

Jack decidió comenzar con sus fotos.

Plinio nos fue presentando a «su gente». No eran propiamente una tribu. Serían algunas familias emparentadas entre sí: se advertían síntomas de cretinismo en algunos de ellos.

Nos ofrecieron unas fuentes con frutas y algunos cuencos con licor, lo probé ante la mirada horrorizada de Anne, no sabía mal, hice chasquear la lengua aprobando y entonces ella se decidió a probarlo.

Plinio jaraneaba entre las mujeres, luego desapareció por un rato. Los nativos bebían copiosamente, la luna ya estaba en su cénit.

—Pronto estarán como cubas —comenté—. Entonces sabremos si son amistosos o no.

Después llegaron trozos de carne asada, dispuestos sobre una fuente de madera. No tenía sal pero sí unas hierbas muy aromáticas. Pronto Jack y Anne estuvieron con la cara engrasada. Yo era el único con práctica para comer con la mano.

Poco después una pequeña orquesta de percusión comenzó su monótona e hipnotizante tarea.

—¿Me concedes este baile? —pregunté a Anne cogiéndole la mano.

—Indy, creo que ni siquiera puedo ponerme de pie —rió la chica con los ojos brillantes.

—¡Buena la has hecho! Si tenemos que salir huyendo no pienses que te llevaré en brazos. —La reconvine medio en broma, medio en serio.

En ese instante un indígena se plantó en el centro del claro: la luz de las hogueras se reflejaba diabólicamente en la pintura que lo cubría. Portaba una gran lanza y un escudo de fibras trenzadas.

—Ése es el Gran Cazador —dijo Plinio a nuestras espaldas—. Comienza el baile. El Cazador deberá cumplir eficazmente su tarea para que la tribu tenga un buen año.

El Gran Cazador estaba ya lanzado a su tarea, rastreaba las

piezas oteando tras su máscara y olisqueando como un sabueso. Los tam-tams remarcaban algunos de sus gestos con golpes más fuertes.

Súbitamente irrumpieron varios bailarines en el círculo de las fogatas. En el aire persistía el olor de la carne asada. Los hierros que habían sostenido las cabras y cerdos permanecían sobre el colchón de brasas rojas como una sucesión de lanzas rituales enterradas.

No se veía ninguna mujer ni tampoco un niño, estábamos en la parte más solemne de la fiesta.

Los nuevos bailarines representaban diversos animales: cerdos, cabras, algún ave que no acerté a definir, ovejas. El más inquietante era una especie de chimpancé que llevaba una hermosa máscara que parecía de cartón piedra pintada a vivos colores.

La pantomima continuó incrementando su ritmo: el Cazador perseguía a sus piezas y poco a poco las iba abatiendo con su lanza; Jack, con su máquina iba registrando la sucesión de actos mientras Anne estaba absolutamente metida en la representación.

La oveja cayó primero, después una especie de oso hormiguero, luego le tocó el turno al cerdo. El lancero proseguía implacable su tarea mortífera apoyado por los gritos de los indígenas a cada presa que cogía.

Súbitamente se detuvo. Comenzó a girar suavemente.

Los tambores callaron.

Vi que Anne contenía el aliento y tuve un mal presentimiento. Me puse de pie al tiempo que el lancero se plantaba directamente frente a nosotros y alzaba la pesada lanza. Miré un segundo hacia atrás… Plinio Vargas había desaparecido.

—¡¡¡INDY!!!

Capítulo IX

Rodé hacia mi derecha al tiempo que el enmascarado arrojaba la lanza.

Se elevó un griterío entre los espectadores. Desde el suelo vi cómo el puñado de plácidos remeros se transformaba súbitamente en un puñado de asesinos alcoholizados. Surgieron puñales y garrotes en medio de un corro de gritos destemplados.

No pude reflexionar mucho: poniéndome de pie apenas pude esquivar el pesado machete que llevaba el Gran Cazador.

Acomodé los pies sobre el piso para esperar la nueva acometida. Por el rabillo del ojo vi cómo Jack descargaba el trípode de la máquina sobre el cráneo de un indígena.

Cogí unas cenizas y las arrojé al rostro del Gran Cazador. La máscara lo protegió a medias pero se detuvo desconcertado. Aproveché la ocasión y le descargué un golpe con la bota.

Sentí el quejido que lanzaba al quedarse sin aire.

¡¡¡PUMÜ!!! Un estallido me sobresaltó mientras recuperaba la vertical. Un olor agrio me inundó la nariz. ¡Gas lacrimógeno!

Con otro salto volví a esquivar el machetazo y el Cazador quedó de espaldas a los fuegos, entonces pude ver cómo Anne extraía de su zurrón pequeñas granadas arrojadizas como las que emplean los policías antidisturbios. Jack empuñaba indeciso la pistola pues era difícil hacer puntería en aquel infierno de humo y aullidos.

Cogí un leño del fuego de un manotazo y enfrenté al hombre del machete. En ese momento tronó la «Colt» de Jack y escuché un alarido de dolor.

Detuve un machetazo con la maza y pude cogerle el brazo armado con la izquierda, lo atraje violentamente saltando hacia el costado y cuando pasó a mi lado le di con el garrote en la columna

vertebral. Quedó de rodillas paralizado.

No había lugar para piedad. Le descargué la maza en el centro del cráneo y allí quedó. Supongo que su espíritu voló directamente a las Praderas Celestiales de la Caza.

—¡¡¡INDY!!!

Giré hacia el grito desesperado: uno de los remeros había conseguido atrapar a Anne por el brazo y la arrastraba fuera del círculo de luces. Casi sin apuntar arrojé la maza, le dio sobre una oreja y abrió los brazos como si lo hubiera alcanzado un rayo silencioso. Cayó a los pies de Anne sin un quejido.

Me acerqué corriendo hacia Anne. A través del humo vi cómo se enfrentaba a otro nativo. De golpe pareció que se le habían disipado los vapores del licor, cogió al tipo por un brazo, dio un salto al costado y cuando quedó a su espalda le alzó violentamente la mano hasta la nuca. Pude escuchar el ruido que hacía el brazo al quebrarse.

En ese momento pasó un hombre volando y aterrizó despatarrado cerca de las cubas de licor derramando la más cercana.

Sacudió la cabeza atontado.

¡Era Jack!

Había perdido el arma y miraba con expresión estúpida hacia mi espalda. Me di vuelta para contemplar la catapulta que lo había lanzado por los cielos.

Una sombra quedó recortada contra los fuegos. Balanceaba los brazos ostentosamente largos y gruñía sordamente.

¡Era el disfrazado de mono que había participado en la danza ritual!

Decidí cortar con aquella historia como lo he hecho en otras ocasiones: eché mano a la «Máuser»… es decir, quise echarle mano. ¡No estaba en el bolsillo!

Seguramente la había perdido en el fragor de la lucha. Ese instante de sorpresa fue letal: el tipo se abalanzó sobre mí con un salto inhumano, clavó unos dedos largos en mis hombros y un pie sobre mi estómago.

Sentí un fétido aliento a través de la espantosa máscara, quise deshacerme de sus malditas garras…

En ese instante se arrojó de espaldas al piso proyectándome

sobre él como un bólido sin control. Aterricé tres o cuatro metros más allá… y de la peor manera posible.

Me arrodillé sacudiendo la cabeza.

Alargó un brazo y lo esquivé. Entonces me di cuenta que yo estaba fuera de distancia: tenía unos brazos larguísimos. Para poder atizarle debería meterme bajo su guardia, pero era muy bajo.

Mientras yo pensaba una táctica él ya tenía decidido cómo destrozarme. Saltó hacia adelante como si intentara un salto mortal, pero apoyó las manos sobre el piso y alargó los pies como una doble tenaza.

¡Me volvió a sorprender! Los pies me atraparon por los hombros.

¡Y sentí que me apretaba con ellos, como si fueran garras con vida propia! Volvió a hacerme girar como una pelota sobre el hocico de una foca y la madre tierra me recibió con su parte más dura.

Una silueta surgió tras el nativo… era Jack. Había encontrado un palo entre la hierba y lo alzaba con decisión.

El tipo debió escucharlo pues comenzó a darse vuelta cuando bajaba el garrote. Le dio con furia en la cabeza.

¡Pero el nativo no cayó!

Dio un paso hacia Jack que lo contemplaba acobardado, le arrebató la maza y la arrojó hacia la oscuridad como si fuera un palillo, y de un solo puñetazo lo lanzó como un paquete exprés hacia la espesura.

Juraría que vi volar dientes como salpicaduras de pintura blanca. Mis pies tropezaron con una lanza. Era la del Gran Cazador: la levanté furioso. La sangre me enceguecía, el tío me enfrentó con tranquilidad pasmosa. Para él yo era un asunto terminado. Su silenciosa decisión estaba escrita.

Pero no quería darle el gusto.

Lo acosé con rápidos puñetazos. Era ágil como el maldito mono a quien representaba. La afilada punta siempre pasaba a centímetros de su traje ritual. Súbitamente logró cogerme la lanza y con un gesto teatral la partió contra su pecho abombado. Arrojó los restos a un costado y comenzó a avanzar hacia mí.

En ese momento Anne demostró que tenía buena pasta, alcancé a ver cómo rebuscaba en el suelo… una piedra. Luego la metió en su bolsa de cuero y comenzó a acercarse a mi atacante.

El tiempo pareció detenerse, actuábamos con cautela pues nos jugábamos el todo por el todo.

¡Y Anne atacó!

Lo hizo con la temeridad de la desesperación. Vi un relámpago de terror en sus ojos cuando lanzó el golpe con su bolso «reforzado».

¡¡¡TOC!!!

El cráneo del asesino sonó como un tronco hueco, vaciló por el golpe y lanzó un espantoso grito que me estremeció. Era el segundo trallazo que recibía. Se dio vuelta furioso, Anne se había puesta fuera de distancia.

En ese instante choqué con un objeto a mis espaldas y lo cogí: era uno de los asadores. Estaba enterrado en las brasas, y tenía una parte al rojo blanco.

El tipo sabía que yo era el enemigo principal y se lanzó hacia mí dando un salto increíble.

Asenté el extremo anterior del asador contra el suelo y me arroje de espaldas sosteniéndolo con la punta hacia arriba.

¡Y allí fue a incrustarse el tipo en el final de su vuelo!

Sentí cómo vibraba mi improvisada lanza al atravesarlo como si fuera un odre de agua. El olor de la carne al tropezar con el segmento de metal al rojo me llenó de asco.

Un chorro de sangre viscosa me empapó el chaleco. Rodé sobre las brasas chamuscándome para escabullirme del peso del cadáver.

Lo escuché respirar roncamente. Se iba inclinando hacia el piso a medida que el asador lo atravesaba.

Sentí un bulto en el bolsillo izquierdo que se me clavaba en las costillas. Metí la mano. ¡Maldije sordamente! Allí estaba la «Máuser» que había buscado inútilmente en el otro bolsillo. Ya estaba hecho, había salvado el pellejo milagrosamente, sin su ayuda. La empuñé firmemente y corrí a buscar a Anne.

La vi reincorporarse. Todavía el horror no había abandonado su rostro.

—¿Está…? —preguntó.

—Si no lo está yo le ayudaré —contesté con rabia.

Me acerqué al «gorila». El punzante hierro asomaba con siniestro tinte escarlata por su espalda.

Dio un estertor y quedó boca arriba. Lo mantuve encañonado

mientras me acercaba despacio. El asador vibraba todavía como una tenebrosa cruz sobre su pecho. Me incliné sobre la horrible máscara. Apoyé el cañón de la pistola en la sien del tipo y con suavidad cogí el extremo inferior de la máscara.

Di un tirón suave. No se movió. Tironeé más fuerte y cedió.

La luz de las hogueras cayó sobre el rostro haciéndome retroceder asqueado. La máscara había estado ocultando las facciones de algo indefinible…

¡Una cara a mitad de camino entre mono y hombre!

CAPÍTULO X

Nos reunimos los tres en silencio en torno a aquel cadáver aún caliente. Anne pidió a Jack que tomara fotos. Superando mi sensación de asco comencé a arrancarle el traje ritual. Debajo había un cuerpo musculoso… Imposible definir si era hombre o simio.

Como relámpagos atravesaron mi cerebro algunas frases sueltas: … «Se considera desaparecido al profesor Toomuch» …«considerado un maldito entre la comunidad científica»… «el problema de los cuarenta y seis cromosomas»… «misteriosos estudios calificados de repugnantes por sus colegas».

Ahora todo parecía aclararse.

Este pobre ser que yacía como un Drácula empalado arrastraba una maldición: la de los hombres que quieren ser dioses.

Anne señaló la potente y afilada dentadura de aquel engendro: una dentadura capaz de arrancar parte del rostro de una persona.

Unos músculos capaces de usar a un hombre como látigo contra las paredes de una habitación.

Una agilidad para la que no existían obstáculos, ni balcones distantes.

Una potencia brutal para desmayarme de un golpe en una pelea callejera en las calles de Rió de Janeiro.

Y una inteligencia difícil de medir, pero capaz de hacerle actuar como un consumado asesino, ocultándose, acechando, apelando a disfraces (el mono de mecánico en el camión) o participando en una danza para aguardar el momento del ataque.

—¿Qué haremos, Indy? —preguntó Anne.

—Antes que nada volver al barco. Es el único sitio seguro.

—Los nativos huyeron —arguyó Jack—. Y Plinio también.

Abandonamos aquel espantoso sitio guiándonos con la luz de la

luna. No fue difícil seguir el sendero, si te desviabas un metro la floresta era infranqueable.

Desembocamos en la orilla, las canoas habían desaparecido, todo era silencio sobre el agua.

La negra silueta de nuestro barco estaba en el mismo sitio, pero la popa apuntaba río abajo… Lo interesante era una pequeña luz que brillaba cuando alguien atravesaba alguno de los ojos de buey de la cubierta.

—Hay alguien a bordo —musitó Jack.

—Sí, ahora veremos quién es —di indicaciones que me esperaran y dejé mi pistola a Anne, y cogí uno de los machetes.

Me metí en el río treinta metros más arriba, con el machete entre los dientes. El agua estaba cálida y suavizó el escozor de mis heridas y costurones. Me dejé arrastrar flotando de espaldas hasta el casco. Un cabo colgaba de la proa, lo cogí y me icé tan suave como pude.

Me palpitaba el corazón cuando me fui arrastrando lentamente por la cubierta, otro rayo de luz cruzó por una de las ventanas del puente. Cogí firmemente el machete y me deslicé hacia la puerta. Alguien o algo se movía allá abajo.

Llené mis pulmones y salté aullando como un samurái para darme coraje.

Allí estaba Plinio manipulando unos cables de colores. Casi se desmaya al verme.

—Quieto o te parto en dos —le avisé.

Se quedó tan inmóvil como un buzón en una esquina.

—Bueno, Plinio. Tu mascota no podrá acudir a ayudarte. ¿Qué te parece?

Se puso pálido pero no abrió la boca.

—¡Ya podéis venir, todo está bien! —grité al exterior.

Eché un vistazo a lo que había estado manipulando Plinio: cuatro cartuchos de dinamita adheridos por una tela plástica a un reloj con un detonador. Un cuco hermoso, cuando canta es la hora de iniciar el viaje celestial… sin retorno.

Escuché cómo mis amigos subían a cubierta y entraban tras de mí.

—Plinio quería instalarnos un reloj de cuco a bordo, observad qué belleza, pero… —agregué con expresión brutal—… el único

que va a cantar ahora es él.

—No diré nada —contestó desafiante.

Pensé en Tad, en Nivaldo… y le zampé un tortazo. Cayó pesadamente soltando un suspiro.

—No podemos perder tiempo, átalo sobre un camastro, Jack.

Mientras Jack y Anne lo maniataban revisé el confite, no había sido activado, tal cual estaba lo oculté tras unos libros de navegación.

Después llené un cubo con agua del río y cogí un embudo, Plinio me contemplaba con odio, y también temor. Sabía que algo duro le esperaba.

—Quiero que me contestes un par de preguntas… y rápido. ¿Quién te mandó asesinarnos?

Silencio.

—¿Conoces a un tal Kurz, a quien llaman también Tarzán?

Un estremecimiento. Pero no abrió la boca.

—¿Estamos lejos de la finca de Kurz?

Mutismo total.

—Bueno, Plinio, lo siento, antes eras un tipo más locuaz…

Jack me miraba intrigado manipular el cubo y el embudo. Anne mantenía una frialdad profesional.

—Ayúdame, Jack —dije.

Cogí a Plinio de la cabeza y le incliné el rostro hacia atrás.

—Métele el embudo en la boca —pedí a Jack.

El periodista obedeció, Plinio trató de resistirse pero al fin el tubo de latón se metió entre sus dientes.

—Tú eres aficionado al trago, Plinio. ¿Cerveza fría? ¿O una caipirinha?

Lentamente levanté el cubo.

—¿Hablarás, Plinio? —pregunté.

Agitó la cabeza afirmativamente.

Jack le quitó el embudo y el tío respiró ansiosamente.

—Bueno, ¿conoces a Kurz, verdad?

Asintió con vehemencia.

—¿Él te mandó, verdad?

—Sí, sí —un verdadero progreso.

—¿Estamos lejos de su finca?

—De aquí serán unas cinco horas por el río —susurró con voz

enronquecida. Coincidía con nuestro cálculo.

—¿Hay guardias en la finca? —pregunté.

—Cuatro o cinco.

Cruzamos una mirada con Anne, no sería problemático hacerle una visita a Tarzán.

Jack le mostró la fotocopia donde estaba la foto del científico, del profesor Toomuch.

—¿Lo conoces? —pregunté.

—Sí, lo he visto con Kurz, pero ignoro cuál es su nombre.

—Ahora, dime, ¿qué sabes de esos monos o como se llamen? —interrogué.

El ramalazo de miedo fue patente: puso los ojos en blanco.

—Eso… es gran magia, no sé nada, yo… no los había visto nunca.

—Quiero saber si hay más —le dije.

—Es fatal oponerse —se lo veía acobardado—… es gualicho[2].

Era el aderezo que faltaba en aquel menjunje, pero comprendía que el gualicho estaba más en la mente de Plinio que en el laboratorio de Toomuch.

—Bueno, Plinio. Te has ganado un descanso —y agregué mirando a mis amigos—. Y nosotros también.

CAPÍTULO XI

Dejé que mis amigos se fueran a dormir.

Plinio había terminado confesando que nos habían estado vigilando desde nuestra salida de Sete Lagoas, pues a uno de los matones de Da Silva se le había ido la lengua. Recorrí la cubierta. Estábamos protegidos por las sombras de las ramas bajas y habíamos cambiado de orilla. Me senté en una silla de lona con un vaso de *whisky* al alcance de la mano. Recuerdo que el paso de una estrella errante me maravilló, como cada vez que veía una.

Y fue lo último que recuerdo…

¡¡¡PAF!!!

El ruido de la bofetada fue cercano, lo sentí cerca de mis oídos… hasta que caí en la cuenta que mi mandíbula ardía de dolor.

Abrí los ojos sobresaltado y quise saltar de la silla.

Imposible. Una ligadura de cuerda de nylon me mantenía aferrado a ella.

¡¡¡PAF!!!

La cara me giró como un molinete. La cosa era conmigo.

—Despierta, gringo hijo de puta.

Ese rostro entre las brumas… ¡Era el «Cicatriz»!

A mis espaldas había otra silueta que me erizó la piel. Otro sub-humano, otro maldito engendro.

No decía nada, sólo contemplaba cómo el «Cicatriz» me despertaba a fuerza de cachetazos. El matón se dio por satisfecho e incorporándose ladró una orden:

—¡Vámonos ya!

—¿Dónde están los otros? —grité.

«Cicatriz», sin contestar, me soltó otra bofetada. Escupí un poco de sangre y decidí callarme la boca.

Un indígena cogió el timón y puso en marcha el motor.

Apareció Plinio frotándose las manos.

—¡Gringo hijo de puta!

Si Plinio no me cortaba a pedacitos ya, era porque tenía nuevas órdenes, y lo mismo sucedería para mis amigos. ¡Era un consuelo!

Cuando amanecía un rumor sordo me hizo aguzar las orejas. ¿Un motor? No, aquel ruido no era mecánico… era una caída de agua.

Estábamos llegando a la finca de Kurz, el diabólico Tarzán. Poco después divisé un muelle rudimentario y cierto movimiento en torno a él. Había una zodiac negra amarrada en un extremo.

El timonel redujo la velocidad. El engendro brincó asombrosamente hacia el muelle con un cabo en la mano y lo amarró limpiamente en un pilote. Con la luz del día pude contemplarlo a placer: tenía el cuerpo de un alto chimpancé, aunque era casi como un hombre normal. Entre un metro y medio o un metro sesenta de estatura.

Llevaba unas ropas ordinarias de cualquier manera y el espeso pelo tenía alguna tonalidad clara. Lo más impresionante eran sus ojos, el fondo escarlata donde brillaba una inteligencia diferente… y peligrosa.

«Cicatriz» apareció en cubierta arrastrando a Anne por los pelos. Tenía un lazo corredizo en torno al cuello, Jack la seguía amarrado de idéntica forma.

Volví a maldecirme por haberme dormido en la guardia.

Anne me miró y le guiñé un ojo. Por la cara que puso fue evidente que pensó que yo estaba loco.

—Animo, chica —le musité al pasar junto a ella.

«Cicatriz» nos dirigió a empellones hacia un grupo de casas cercanas al muelle, eran de madera y cinc y se las veía limpias y ordenadas como un cuartel.

Una torre con un tanque de agua dominaba el perímetro, también se veían algunas antenas de onda corta y una de forma parabólica. Tropezando y recibiendo empellones llegamos hasta una de las casas.

Plinio nos ordenó que esperáramos y se adelantó. Apareció un instante después y abrió la puerta de la casa.

—Adentro —dijo lacónicamente.

Penetramos en una especie de despacho exótico: plantas, pieles, alfombras… y un sujeto que nos esperaba sentado en un sillón tras una gran mesa cubierta de papeles y carpetas. El tipo no dijo nada. Sólo nos miraba como si tras los ojos tuviera una máquina de rayos X.

Tendría unos cincuenta años y era gordo, tenía una boca sensual y el cráneo afeitado. Los ojos caídos denotaban el abuso de drogas.

—¿Cuál es? —preguntó a Plinio.

—Éste —contestó Plinio señalándome con mi propia «Máuser».

Asintió sin decir nada. Estuvimos en silencio hasta que Jack habló:

—¿Es usted Kurz?

El tipo lo miró como si la pregunta le llegara desde una distancia de kilómetros.

—Puedes preguntar lo que quieras… puedes saber lo que se te antoje y hasta dejaré que lo escribas, ¿comprendes?

La voz de Kurz era extrañísima, hablaba un inglés difícil, superponiendo las sílabas, pero el mensaje era clarísimo: de allí no saldríamos más que muertos.

Miró a Anne sin ningún interés y retrocedió el sillón, entonces vi que tenía ruedas: Tarzán era un inválido.

—Vamos —dijo y chasqueó los dedos. Apareció el engendro, se acercó a Kurz y lo alzó como a un niño, el hombre señaló la puerta y salieron. Asombroso, se hacía cargar como un bebé.

—Vamos… —ordenó Plinio, y salimos tras el engendro.

Cruzamos el patio rodeado por los guardias y nos dirigimos hacia un largo pabellón con altas ventanas enrejadas. Se veían salidas de aire acondicionado cada tanto. El edificio era de ladrillos, se lo veía sólido.

Atravesamos una doble puerta de seguridad. Tras un grueso cristal había un hombre de delantal blanco. Estaba de espaldas. Y contemplaba una serie de pantallas donde se dibujaban con temblores regulares algo que parecían ser electrocardiogramas.

Kurz, siempre en brazos del engendro, acercó la boca a un micrófono:

—Profesor —su voz era una orden en sí misma.

El hombre se dio vuelta ajustándose los anteojos, era Toomuch.

—¡Ah! —contestó suavemente. Apretó un botón y se abrió una

doble puerta por la que pasó a la sala donde estábamos.

—Profesor, aquí están sus huéspedes —dijo Kurz.

Toomuch nos examinó con satisfacción, como si fuéramos los nuevos jóvenes becados.

—Bien, bien. ¿Cuál de ustedes es James?

—Soy yo —contesté intrigado.

Me miró a los ojos y asintió sin decir nada.

—¿Por qué nos han traído? —pregunté—. Antes nos quisieron matar.

Kurz me miró con sus ojos colgantes.

—Si fuera por mí, usted estaría destripado. Pero el profesor no piensa lo mismo, le voy a dar la oportunidad de que figure en la historia.

—¿Qué clase de historia? —inquirí.

Kurz alzó la cabeza. El fastidio dio paso al orgullo: un nuevo soplo de vida lo recorrió como una descarga eléctrica.

—Ésta es una avanzada en un mundo de enanos mediocres. Aquí construimos el porvenir de la humanidad, y por rara casualidad, usted, que es un oscuro aventurero tendrá oportunidad de participar en nuestra… empresa.

Leí el convencimiento del fanático en sus ojos momentáneamente encendidos.

—¿Cuál será mi papel? —pregunté.

El profesor se puso frente a mí.

—James, usted ha tenido suerte, sus cualidades excepcionales hacen de usted, potencialmente, un padre perfecto. ¿Tiene hijos?

—No —contesté.

Hizo un gesto de conmiseración, como si de ello dependiera que me dejara su herencia.

—Lástima, pues bien, le daremos la oportunidad que se transforme en padre —abrí los ojos como el dos de oros. ¿Me estaba volviendo loco?

—Usaremos su semen, señor James. Está usted en la clínica del futuro —se entusiasmó—. Un luchador nato como usted producirá el ejemplar que estamos esperando.

Más que en una clínica me parecía estar en un loquero.

—Quieren que te acuestes con una mona —intervino Anne.

—No tanto, señorita —sonrió comprensivo el profesor—. Sólo

queremos congelar un poco de su semen, lo demás corre de nuestra cuenta.

Jack me miraba con asombro, me di cuenta que si no fuera por lo dramático de la situación me habría echado a reír.

—¿Por eso le llaman Tarzán? —dije dirigiéndome a Kurz.

—Eso es una broma sin importancia. Además usted está en deuda conmigo: se ha cargado a Kon, uno de mis muchachos, deberá dejarme otro a cambio —su mirada se tornó amenazadora—. Y cuando el profesor acabe con usted el pequeño King se encargará del resto.

El «pequeño King» era el que lo sostenía en brazos y me di cuenta perfectamente que había comprendido el discurso de su amo.

—Acomoden a los huéspedes —ordenó Kurz e hizo una seña al pequeño King.

Nos dejaron con «Cicatriz» y los guardias.

—No hagan ninguna locura, por favor —pidió el profesor con voz suave.

Nos condujeron a un cuarto donde ronroneaba el aire acondicionado. Había cuatro camas blancas, como de clínica geriátrica.

—Acuéstense —ordenó Toomuch.

Más bien nos arrojaron sobre los lechos sin quitarnos las ligaduras. A los cinco minutos regresó el científico con varias jeringuillas.

—Ahora deberán dormir —dijo.

Nos inyectó limpiamente a cada uno. Sentí que el sueño me cubría como una gruesa manta húmeda.

* * *

Cuando desperté calculé que sería de noche, una luz suave venía desde el pasillo.

—Pssst… Indy —era la voz de Anne.

—¿Estás bien? —susurré.

—Sí, tranquilo.

—¿Y Jack? —pregunté en el mismo tono.

—Todavía duerme.

—Bien. ¿Estás maniatada?

—Claro. ¿Qué crees? ¿Que sólo atan al hombre excepcional que engendrará al mono del siglo Veintiuno?

—¡Bah! ¡Calla! —No me causaba gracia que se bromeara con mis espermatozoides. Se escucharon voces en el pasillo, y agucé el oído.

—¡Basta, Plinio! Ocúpese de sus asuntos, no quiero que ronde por el laboratorio.

Se escuchó un portazo. Poco después se abrió nuestra puerta y entró el científico.

—Veo que ya han despertado —comentó.

El gruñido de Jack confirmó la frase. Nos contempló sin encender la luz y comenzó a hablar.

—Sé quiénes son ustedes, ignoro qué es lo que pretenden, pero les diré quién soy yo…

—Es el profesor Toomuch, prematuramente ahogado en el Amazonas —lo interrumpí.

—Exacto —aprobó sin asombrarse—. Pero debo decirle que eso fue un simple montaje que realizamos con Kurz. El me conoció en Estados Unidos, se interesó en mi trabajo y cuando fui expulsado me ofreció su ayuda.

Cogió una silla y se sentó mansamente.

—En aquel tiempo yo era un hombre… orgulloso —sonrió con tristeza—. Y muy seguro de mí mismo, de mis estudios. Y bien que podía estarlo, destruí la teoría oficial de los cromosomas y la imposibilidad teórica de la fecundación de esperma humano en el óvulo de un primate.

Se detuvo como si recordara pensamientos muchas veces repetidos.

—Y ustedes han visto la prueba, pero ya no se puede continuar, hemos traspuesto el umbral más peligroso desde que la Creación concluyó su tarea. Mi ambición científica me llevó a unirme con Kurz… y eso debe terminar.

—¿Por qué nos cuenta esto? —pregunté intrigado.

—¿Por qué piensa que están aquí? —preguntó él a su vez—. Al principio Kurz organizó la emboscada en esa aldea, cuando nos trajeron la noticia de la muerte de Kon, nos quedamos asombrados.

Tomó aliento, parecía faltarle el aire.

—Logré convencer a Kurz que usted proporcionaría a nuestro

banco genético elementos para dar un salto cualitativo en nuestras investigaciones. —Y agregó orgullosamente—: Fue fácil engatusarlo: es menos que un aficionado, es un ignorante con delirios de grandeza. Sueña con un ejército de criaturas conquistando el mundo.

—¿Y qué espera de nosotros? —pregunté.

—Debemos destruir a Kurz. ¡Ya mismo! —Y agregó señalando hacia un costado—. Hay diez gestaciones en marcha sobre otras tantas madres monos, están encerradas en habitaciones blindadas con aire acondicionado, un computador informa minuto a minuto sobre sus fuerzas vitales…

—¿Todo esto depende de la central eléctrica de la cascada? —pregunté.

—Exacto, la energía es vital en este proyecto.

—¿Hay un motor auxiliar? —inquirí, ya pensando prácticamente.

—También depende de la cascada, está previsto que se detenga la usina principal pero no que deje de correr el río.

Asentí desde mi cama.

—Desátenos y díganos los planes.

—Bien —se puso de pie y se asomó al pasillo—. Yo estaré en la sala de monitores, abriré la puerta de cristal para que ustedes salgan y atraeré al guardia.

—¿Es el «Cicatriz»? —pregunté mientras Toomuch me liberaba las manos.

—No, ese vive con Plinio en un cuarto junto al de Kurz. Kurz es inválido y tiene timbres a ambos lados de la cama.

—¿Y dónde está el mono? —interrogué sentándome en la cama.

—No lo llame así —dijo amargamente el profesor—. Es casi… humano, como el Moisés de Miguel Ángel, sólo le falta hablar.

—Bien, ¿pero dónde duerme? —insistí.

—En un barracón alejado.

Mientras yo liberaba a Anne el profesor desató a Jack.

—¿Hay más de estos… ejemplares?

—No, son los únicos que han logrado sobrevivir.

—Bien, manos a la obra, vaya a su puesto —obedeció el profesor mientras nosotros nos masajeábamos los brazos. Pasó un momento y se escucharon voces.

Me asomé con cautela, en la sala de monitores estaban Plinio y «Cicatriz». El profesor, acomodado en su sillón, les hablaba vehementemente, pero los gruesos cristales no dejaban escuchar todo lo que decían.

—¿Qué hacemos? —dijo Anne.

—Cualquier cosa, menos esperar —musité.

Ordené a Jack que trepara sobre mis hombros hasta la ventana. Palpó los barrotes y movió la cabeza negativamente.

—Inútil, es hierro y no hay espacio entre los barrotes.

—Bueno, baja.

—¡Indy… el aire acondicionado! —susurró Anne.

Cogimos una de las pesadas camas y la elevamos verticalmente contra la pared. Mientras la sostenían trepé por los travesarlos del lecho hasta la rejilla del aire acondicionado. La boca medía unos cincuenta centímetros de lado, estrecha pero suficiente. La tanteé, era aluminio blando.

—Una almohada —pedí.

La cogí en el aire y la afirmé contra el aluminio. Llené el pecho de aire y lancé un tremendo puñetazo. El aluminio cedió. Ahora venía lo más difícil.

Me icé hiriéndome en los bordes de la rejilla. El aire frío me chocó en la cara. El hueco era oscuro, si me topaba con un ángulo recto tendría problemas. Me introduje como una rata y empecé a arrastrarme. La distancia me parecía interminable. De pronto sentí el rumor del aparato: cada habitación tenía su equipo, no había un sistema central.

Súbitamente el tubo se ensanchó: estaba en una especie de entretecho. ¡Allí estaba el aparato! Y sobre él me dió la bienvenida una claraboya por la que se filtraba la luz lunar. La palpé. Tenía cerradura, todo iba saliendo bien. Cedió al primer intento y un momento después mi cabeza se asomaba hacia la noche estrellada.

Caí sobre una maceta de flores. Permanecí inmóvil conteniendo la respiración. Nada.

Cautelosamente me dirigí hacia el frente del pabellón. Escuché las voces: el profesor no conseguía disuadir a Plinio y «Cicatriz» que abandonaran la sala. Por sus voces comprendí que estaban borrachos.

Había llegado la hora de la acción.

Capítulo XII

Cogí un puñado de tierra y la arrojé contra los cristales de la ventana. La discusión se cortó abruptamente.

Pero nadie asomó la nariz.

Repetí la operación.

Finalmente se abrió la puerta. Asomó la cara lobuna de «Cicatriz».

Oteó las casas vecinas pero no se movió. Y yo no podía cubrir la distancia que nos separaba sin alertar a Plinio.

De pronto «Cicatriz» giró y comenzó a caminar. Hacia mi rincón ¡venía abriéndose la bragueta!

Nunca se enteró qué fue lo que lo había golpeado. Fue el golpe más perfecto que he dado en mucho tiempo: en él puse toda la tensión acumulada. Lo oculté entre unas matas de flores. Iba desarmado.

Cogí otro puñado de tierra y volví a arrojarlo contra el cristal.

Silencio.

Súbitamente se abrió la puerta y apareció Plinio con una lata de cerveza en la mano.

—¿Qué diablos haces allí, cabrón? —preguntó baboseante.

—Psst —lo chisté.

Soltó una risita y se dirigió directamente hacia… mi puño.

Repetí el golpe que creía irrepetible y lo envié a soñar entre las flores junto a su colega. Este imbécil ni siquiera llevaba un alfiler.

Me dirigí a la carrera hacia la sala, el profesor estaba de pie esperando lo peor. Casi se desmayó al verme.

—¿De dónde ha salido usted? —preguntó.

—¡Vamos, rápido! Debemos sacar a mis amigos —lo urgí.

Abrimos la doble puerta y los llamé desde el pasillo.

Me hice explicar brevemente por el profesor la disposición de la finca y las instalaciones. A medida que hablaba en mi cabeza se dibujaba un plan.

—O. K…, vamos.

Uno de los problemas era la carencia de armas, si tropezábamos con algún guardia nos partiría en dos con la escopeta. En un cobertizo había herramientas, cogí un hacha y me sentí mejor. Jack se apropió de una pala.

—Al muelle —susurré.

Nos arrastramos en el límite de la luz, la finca estaba en completo silencio.

En el muelle brilló una brasa. Nos detuvimos y olisqueamos el tabaco fuerte, había un guardia fumando.

Estaba de espaldas contemplando el suave oleaje. Nunca supimos en qué estaba pensando: le acerté en la cabeza con el hacha a diez metros de distancia. Se oyó el chapuzón y corrí hacia el muelle maldiciendo. No sólo no habíamos podido coger su arma, también había caído el hacha al agua, incrustada en el cráneo del matón.

—Vamos, vamos —los impulsé a meterse en la zodiac.

—Yo no voy —dijo el científico.

—¿Qué dice? —le pregunté incrédulo.

—Debo destruir esto —contestó roncamente.

—¿Y qué piensa que voy a hacer yo? —lo increpé ferozmente.

Me miró sin entender y de pronto giró y salió huyendo.

—Déjalo —atajé a Jack—. Sigamos con nuestros planes.

—Dará la alarma —dijo Anne.

—No lo creo. Retroceded en la lancha y esperadme una milla más arriba, en la margen izquierda.

—¡Voy contigo! —gimió Anne.

—¡Ni loco te dejaría! —contesté.

—¿Qué harás? —preguntó Jack.

—¡Quiero volar la central de la cascada! Sin electricidad el plan de fecundación de los engendros se irá al diablo.

Finalmente se alejaron remando. La zodiac era nuestro billete de regreso a Sete Lagoas.

Desde la cubierta del barco todo se veía tranquilo, bajé el bote al agua y después me sumergí en el camarote, rápidamente localicé la

bomba que había querido regalarnos Plinio.

Tenía que hacer unos cálculos que más que complicados eran arriesgados: velocidad de la corriente, velocidad de la corriente cerca de la cascada, distancia entre el muelle y el salto de agua. Tenía que confiar en los datos que me había dado el profesor.

Transpiré mientras colocaba los detonadores en su sitio. De pronto mis ojos se posaron en una caja que había bajo la mesa del timonel ¡Era la pistola de bengalas que me había regalado Gilberto!

La cogí con alegría y de inmediato metí uno de los gruesos cartuchos en la recámara, los demás los guardé en un bolsillo. Terminé de acomodar la carga explosiva. Puse el cronómetro en cinco minutos. Eso bastaría. Pulsé el botón y la aguja dio un salto en la esfera plateada.

Metí la bomba en un cajón metálico y lo cerré con llave. En quince segundos estuve en la popa, cogí el ancla y di un tirón.

No subía.

Di otro tirón.

Nada.

Estaba firmemente clavada en el fango. El cuerpo se me cubrió de sudor: aquello podía resultar fatal no sólo para mis planes sino también para mi salud. Metí un largo tornillo por el hueco de un eslabón, lo cogí con ambas manos y afirmé mis talones contra el borde de la cubierta… tomé aire y me arrojé hacia atrás.

La cadena subió con un ruido de mil demonios. Trabé el ancla velozmente y con la pértiga di un empujón contra el muelle.

El velero se separó suavemente. Con un nuevo empujón lo orienté hada la comente y di un salto hasta el muelle.

El velero ganó velocidad dirigiéndose hacia el rumor sordo de la cascada. No me detuve más. Con la pistola de señales en la mano corrí en busca de las sombras de los cobertizos mientras mentalmente contaba los segundos.

—… treinta… treinta y uno…

Según mis cálculos aún tenía unos dos minutos antes de la explosión. Finalicé mi carrera en los depósitos. Era un simple tinglado donde se apilaban bidones y tambores de gasóleo, carretillas, un pequeño tractor *bulldozer*… ¡que tenía la llave puesta!

—… cincuenta y dos… cincuenta y tres…

Destapé un tambor de gasóleo y lo tumbé con el pie. De

inmediato olí el líquido al derramarse. Hice rodar el pesado recipiente a lo largo del cobertizo. En la prisa di un patinazo sobre el líquido y estuve a punto de rodar por el piso.

—Quince… dieciséis…

Volví a la carrera hasta la puerta del tinglado. Según mi cuenta ya era la hora cero. Apreté los dientes esperando la explosión.

Nada.

Miré hacia el río: silencio absoluto. La desesperación se plantó en mi pecho con el peso de una piedra.

—Maldito barc…

Juro que no sentí explosión alguna. Una llamarada rojiza se elevó como un surtidor volcánico sobre el bosque.

Y entonces llegó el ruido. ¡¡¡¡¡BUMMMMMMMMMM!!!!!

Las luces oscilaron como relámpagos en cámara lenta y finalmente se apagaron completamente. Los espacios y las construcciones quedaron delimitados sólo por la claridad lunar.

Sonreí ferozmente. ¿Querían asombrar al mundo? Yo, en cambio, les daría a ellos un espectáculo inolvidable… hasta el momento sólo habían escuchado la obertura.

En ese instante se oyeron los primeros gritos. Algunas siluetas corrieron por el centro de los edificios. Lo único que me preocupaba era King, el engendro inteligente.

—¡Aquí, imbéciles!

Di un respingo. Era el acento inconfundible de Kurz.

Trepé en el *bulldozer* y le di marcha. Arrancó estrepitosamente, metí la primera y aceleré. Salió como disparado, tironeé una palanca y se elevó la pala. Frené la oruga izquierda y giró tan violentamente que casi salgo despedido. Estaba de frente al tinglado que acababa de abandonar.

Apunté con la pistola hacia el espacio oscuro bajo el techado.

¡¡¡BUMÜ!!!

La bengala restalló y la noche se hizo día. Un chorro blanco se desparramó en el cobertizo y se oyó la primera explosión al contactar con el gasóleo derramado.

Aquello estaba hecho.

Di la vuelta a toda máquina inclinado sobre los mandos.

Los guardias se habían desbandado acobardados. A mi espalda atronaron nuevas explosiones desde el almacén de la gasolina.

Entonces vi una escena alucinante.

Kurz se iba arrastrando sobre la hierba vestido con un pijama blanco. De improviso una persona saltó sobre él atrapándolo ferozmente por el cuello.

—¡Era el profesor Toomuch!

Lucharon desesperadamente en el piso. Se oían las maldiciones de Tarzán. Cuando me disponía a intervenir un tercer personaje hizo su aparición.

Era el maldito mono.

Venía como un perro fiel a rescatar a Kurz.

—¡Cuidado, profesor! —grité.

Pero fue demasiado tarde.

Apretando los dientes de impotencia metí otro cartucho en la pistola.

—¡Ven aquí, mono! —grité enfurecido.

El engendro levantó su cabezota y fijó su mirada en mí. Alcancé a vislumbrar en sus ojos rojizos la inquebrantable decisión de destrozarme.

—¡King, ven King! —Kurz aulló desde el piso extendiendo su mano hacia el engendro.

Puse en marcha el tractor, levanté la pala al máximo y atropellé a todo gas conduciendo con una sola mano. Sabía que trataría de esquivarme saltando hacia un costado…

Y frené como un animal a cinco metros de distancia.

Abrió los brazos sorprendido, apunté y disparé.

¡¡¡BUM!!!

La bengala le dio en el pecho con una explosión insonora. El fósforo hirviente se le deslizó por la pelambre y olí la carne quemándose.

—¡¡¡AAAHHH!!!

Lo más espantoso de aquel grito fue que sonaba más humano que animal. Algo se derrumbó dentro mío mientras el engendro saltaba y se contorsionaba.

—¡KING! ¡KING! —los gritos de Kurz me hicieron reaccionar, aquel sujeto era el culpable de todo.

Pero nunca sabré qué cosa cruzó la mente de Kin en aquel momento.

Inesperadamente cogió a su amo, lo alzó limpiamente y echó a

correr. Kurz se dio cuenta que aquello era el fin, unido a su criatura en un último abrazo de fuego. Arranqué con el *bulldozer* para seguirlos, King y Kurz eran ya dos teas aullantes.

King llegó al pie de la torre de agua y sin mirar detrás comenzó a trepar. Iba a toda velocidad, como si dependiera de ello la poca vida que le quedaba.

Lo logró. Se izó sobre la plataforma iluminando la noche como una viviente hoguera de San Juan.

Pero no le sirvió de nada, los últimos gritos se silenciaron y las dos piras cayeron desde lo alto, deshaciendo el mortal abrazo en la caída.

Y ardieron todavía sobre la hierba.

Se apagaron casi al mismo tiempo que las últimas estrellas.

Un rato después, me reuní con Anne y Jack.

Tenía sueño.

Me puse a dormir.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Capanga: capataz. <<

[2] Gualicho es un mal de ojo muy peligroso. < <